



El jurado de este premio estuvo compuesto por Antonio Javier Jareño Alarcón (presidente); Milagrosa Esperanza Esplugues Megías, Delfina Marco Navarro y Engracia Robles Rey (vocales). Actuó como secretario –con voz pero sin voto– José Manuel Vidal Ortuño.

© Pilar Tuero

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Diseño colección: Victoria Carpena

Imprime: Yeclagráfico, s. l.

I.S.B.N: 978-84-945047-4-7

Dep. Legal: MU-56-2019

Un punto rosa



Para Susana.



PRIMERA PARTE

Empieza la historia

*Así es, suspiró el coronel. La vida es la cosa mejor
que se ha inventado.*

*“El Coronel no tiene quien le escriba”,
Gabriel García Márquez*



Un punto rosa

Si nuestro sistema solar es un punto milimétrico en el universo, este punto rosa que acabo de ver y que anuncia tu llegada es algo tan inmensamente asombroso como que estemos dando vueltas en un planeta donde pasamos la mayor parte del tiempo preocupándonos, poniéndonos zancadillas y tirándonos bombas.

¿Por qué entonces estoy tan contenta de que vayas a formar parte de ese caos?

¿Por egoísmo, por olvidarme contigo de lo miserable que puede ser la vida?

No lo sé. No quiero analizar las razones por las que quiero que existas, solo sé que ahora no puedo ser más feliz, que este punto rosa es esperanza, fe y la ilusión más grande que jamás haya sentido.

Y eso que casi no eres y no puedo ni imaginarte.

Dos kilos y medio

Los dos kilos y medio de ser humano que tengo en los brazos me hacen recordar la inmensa fragilidad de la vida. Me pregunto cómo algo que tiene tan poca entidad podrá sobrevivir a todo tipo de infecciones y tribulaciones.

Sin embargo, María tiene los pulmones de acero. Cada tres horas grita enloquecida porque tiene hambre. También llora al entrar en el agua, porque se asusta, y al salir, porque ya le había cogido el gusto. No comprendo cómo unos órganos tan pequeños pueden producir un sonido tan fuerte. También llora para que la cojas en brazos y cuando paro el carrito para hablar con alguien. Hoy en el parque me encontré con una señora que llevaba trillizos, algo inaudito en estos días tan dados a gemelos. Iba tirando de tres sillitas con niños regordetes.

Me maravilló que estuvieran los tres tan rollizos. María a su lado parecía un bebé de juguete.

Atacada por la curiosidad, le pregunté qué tal se encontraba y me dijo que al borde de la extenuación, con el hierro bajo, sin dormir, mentalmente dispersa y harta de aguantar a su suegra y a su madre a la vez.

– Por lo demás, todo bien– añadió.

Me pregunto qué será lo demás.

Lágrimas de cocodrilo

María es una llorona nata. Born to cry. Lloro porque no le gusta la comida, por ir en la silla, por ir caminando y por quedarse en casa. Cuando llora, las lágrimas no se deslizan por sus mejillas lentamente mientras que con profundos hipidos te parte el corazón. No, ella llora como nunca antes vi hacerlo a ningún ser humano: a chorros. Las lágrimas son tan abundantes y salen con tanta potencia que a veces llega a casa medio mojada. Se lo comenté a la pediatra por si tenía problemas con los lagrimales o por si podía ser objeto de estudio científico y me miró como si estuviera loca. No bromeo, le dije, un día le hago un vídeo y se lo traigo.

Puedo ser un poco exagerada, pero no suelo mentir. Posiblemente sea un efecto rebote por su gestación en tan poco líquido amniótico. Ese pensamiento me lo reservo para mí, porque si lo digo en voz alta sé que en el parque pensarán que yo una madre esotérica. Bastante me aburro en los columpios donde me siento como un pelo en la sopa con las conversaciones que tienen las demás madres.

—A Luisín le sienta mal la papilla de frutas y siempre la vomita.

—Uf, pues a Sofía le encanta.

—Al mío ya le salió el primer diente.

—¡ALFREEEEEEEEEEDO, bájate de ese columpio que te vas a partir la crisma!

El otro día llegó el susodicho Alfredo y la madre le riñó por haberse mojado.

-No me mojé, es esa niña palillo que no para de llorar porque la empujé sin querer.

Yo me escondí detrás del libro que pretendía leer.

-Anda, déjate de mentiras y no te acerques a la fuente, que luego llegas a casa hecho un cochino.

Lo dicho: un caso clínico.

Primer campamento

Cuando empezó el colegio, María se dedicó a llorar toda la mañana, causando la consiguiente contaminación acústica y el efecto dominó tan odiado por los profesores.

Como llorar no sirvió de mucho y al cole había de volver sin remedio, ideó todo tipo de estrategias para ser una párvula objetora: desataba su ira mordiendo en la fila cuando entraban a clase y cuando salían al recreo. Finalmente, harta de empujar y de que nada surtiera efecto, se sentaba en el patio sola y con morros. En el comedor se cruzaba de brazos y solo comía pan y macarrones.

La tutora dijo que la niña tenía un desapego negativo y una conducta disruptiva, que es como se llamaba antes a ser un niño pelmazo integral.

Angustiada por un panorama tan poco alentador y sintiéndome culpable de todo, lo comenté con la pediatra. Me dijo que se rebelaba no comiendo y no poniendo atención a las cosas de la vida porque lo que quería es que se la prestaran a ella.

¡Más atención! No hago otra cosa que dedicarme a

ella, cuando no estoy trabajando, organizando la casa o preparando comidas. Podría caer en la esclavitud si la atendiera más tiempo.

La pediatra me mira mal. Hay algo entre las dos que no funciona. Posiblemente no tengamos esa empatía que une a las madres que tienen un hijo pequeño y se sienten perdidas, culpables por no dedicarle más tiempo y agotadas cuando se lo dedican. Seguro que no tiene hijos.

– Sé de lo que hablo, yo tengo cuatro niños y lo importante es la calidad del tiempo y, por supuesto, que sean independientes.

Me prometí cambiar de pediatra para la próxima vez, esta es una listilla y una impertinente. Seguro que tiene a alguien a tiempo completo para que le cuide los hijos.

– ¿Y qué solución le ve?– Pregunto con cautela y alarma a la vez.

– Que haga puzzles. Y que vaya a un campamento urbano. Está sobreprotegida.

Creí entender que no le hacíamos caso, ahora parece que es todo lo contrario.

Dice mi suegra que las madres de familia numerosa son sabias por necesidad.

Y María se fue tan campante al campamento urbano diez días sin decir ni mu. Como vino tan fresca seguimos con la misma pediatra.

Pero ahora la llevará su padre al colegio.

El último rey

El último rey ha fallecido hoy. Con él pasan a la historia tropelías mil, estados de derecho con curvaturas pronunciadas y absolutistas con tintes de anorexia. El pueblo no estaba contento y el rey, al notar la resistencia de sus súbditos de manera tan tenaz, decidió que el peso de su picuda corona era demasiado para una sola cabeza y languideció hasta morir. No le costó mucho, dos días sin comer ni beber y adiós, mi señor. En su última aparición pública se le veía como un junco curvado, con la cabeza caída mientras que el vocerío del pueblo exaltado pedía más derechos. No pudo con sus huesos ni con sus contradicciones. Descanse en paz y tengamos más fe en el futuro rey.

– Mamá ¿Por qué me cuentas esas historias tan raras? Yo quiero oír los cuentos de siempre, los de princesas que se casan con reyes poderosos ...

– Lo siento hija, los cuentos de reyes no me inspiran, me cuesta mucho trabajo reconocer su labor porque soy republicana.

– ¿Qué es ser republicana?

– No te preocupes, mañana buscaré lo mejor de los Hermanos Grimm y te leeré los cuentos más bonitos que te puedas imaginar, los que gustan a los niños.

– Gracias mamá, buenas noches.

– Buenas noches, amor.

Mañana me acercaré a maternidad a ver si les queda algún Manual Para Madres Torpes que tanto necesito.

El chupa pulgas

Ahora es como un sirviente de los demonios, pero no siempre fue así. Se hizo malo, un chupasangre hosco y repelente, alguien a quien nadie quiere ni ver ni oír. Pero él antes era un príncipe, elegante y espléndido y vivía en un castillo en el que una vez al año invitaba por su cumpleaños a todos los habitantes del pequeño pueblo de Forestwood. He aquí que un día, una pedigueña disfrazada de harapos le lanzó una maldición y el príncipe se convirtió en una bola peluda. Desde entonces lleva esperando que aparezca su bella rana y vuelva a ser el de antes, el príncipe con el que todas querían casarse.

– ¿Otra vez, mamá? Ya te dije que quería cuentos de siempre. Eso te lo estás inventando, a los príncipes azules no les echan maldiciones, ni necesitan ranas que les besen – dijo María.

– Este sí, tenía un secreto y por eso la pordiosera le castigó, por no ser sincero con sus súbditos.

– ¿Qué hacía, dime, qué hacía?

Por las noches cuando nadie le veía se disfrazaba de mujer y salía del castillo a buscar hombres para beberles la sangre, porque siempre estaba bajo de hierro y un día se encontró con el marido de la pordiosera y se lo chupó entero.

– Tú estás tonta mamá, lo mezclas todo, este cuento es un horror – protestó María cansada de tanto lío.

– Y desde entonces se tiene que conformar con chupar la sangre a las pulgas que es su peor condena porque un hombre tan grande necesita mucha sangre para poder vivir y por eso siempre está de muy mal humor.

María se metió debajo de las sabanas y me echó de la habitación sin ningún miramiento. Por lo menos no le cuento historias de niñas cursis que se meten en los agujeros de los árboles o de princesitas que buscan marido mientras limpian la casa de siete hombres malcriados.

Creo que debería cambiar mi anticuado lema de “La imaginación al poder”

Reyes Magos

María se levanta y se dirige a la cocina y con todo el olímpico desprecio que puede caber en un cuerpo de casi cuatro años, ignora el árbol de navidad que está en la entrada y pide el desayuno como si fuera la reina de Saba.

– Mira hija, los Reyes nos han dejado un montón de regalos, decimos su padre y yo llenos de ansiedad ante tamaña falta de entusiasmo. Atónitos, ponemos la banda sonora a un momento tan delicado:

– Andaaaaa, mira qué bolsa más grande, ¿Para quién será? ¿Qué tendrá? ¿La abrimos?

María nos mira como si estuviéramos locos y ya nada pudiera sorprenderla.

Estas vacaciones hemos estado muy ocupados con la mudanza y es posible que así nos pague el abandono. No quiere regalos, quiere más atención.

O quizás de contarle cuentos alternativos se haya vuelto republicana. Siempre se porta como si fuera una reina destronada.

Veremos cómo se pone ahora cuando le digamos que va a tener un hermano.
La reina está a punto de ser guillotizada.

La realidad contraataca

Después de llegar del colegio, María desapareció un rato y pensé que se había quedado dormida. Cuando pasó una hora me empecé a preocupar porque no suele dormir la siesta y no oía nada en ninguna habitación. Tras llamarla a gritos durante un buen rato se me ocurrió mirar debajo de la cama y la vi allí agarrada a su peluche zanahoria mirándome con ojos mas grandes de lo habitual.

– ¿Hasta cuándo hay que ir al colegio?

– Bueno, hasta que tengas edad de saber lo que quieres hacer con tu vida y puedas ser una persona formada e independiente.

Pareció sentirse aliviada y dijo:

– Eso ya lo sé , no hace falta que vaya al cole para que me lo digan.

Nunca vi un caso tan agudo de odio al sistema escolar. Una semana después, llegó del colegio y azotó su frustración contra el pobre peluche zanahoria y lo dejó sin un ojo.

Siempre es mejor soltar las emociones con los objetos que con las personas.

Quizás le compre un saco de boxeo infantil para su próximo cumpleaños.

Adaptación

Le decimos a María que va a tener un hermano y queda impertérrita. Dice que los hermanos pequeños son un rollo, que berrean sin parar y lo ensucian todo. Contraataca con la idea de siempre: ella quiere tener un perro. Empieza a hacer teatro y dice que si tuviera un perro lo querría como a un hermano.

– Entonces quiere a tu hermano como querrías a tu perro– contesto con la agudeza verbal que me caracteriza.

Rezonga entre dientes y dice que ojalá sea un niño, no podría soportar una competencia feroz de alguien de su mismo sexo.

Me quedo preocupada y aprensiva.

Sabía que quería ser el centro del universo pero no que llegara a tanto en sus ansias por lograr ser **EL ÚNICO SER QUE MERECE ATENCIÓN EN EL MUNDO**. Cruzaré los dedos.

Un punto azul

El nuevo, como lo llama María, es totalmente distinto. Es un bebé tranquilo y regordete con tendencia a sonreír a todo el mundo. Come cuando tiene hambre, no es nada llorón y duerme de un tirón por las noches. No nació por cesárea y a los tres días yo ya estaba totalmente recuperada, así que no descarto tripitir y así

se lo dije a mi madre.

– ¿Será broma, verdad? ¿O estás bajo los efectos de un subidón post partum?

– Pedro ya tiene cuatro meses, y no creo que ese comentario sea muy maternal – le dije ligeramente ofendida.

– Ayer, cuando llevé a María al colegio le dio una rabieta espectacular, se tiró en el suelo y no fui capaz de levantarla en un buen rato, la gente la miraba como a la niña del exorcista, en la fila mordió a otra niña en un brazo y le dio una patada en la espinilla a la profesora. Llegué a casa y tuve que tomarme una pastilla, explicó muy despacio mi sufrida madre–. Además, a la hora de desayunar me sacó de quicio.

– Será que está celosa, eso se le pasa en dos días, además es su manera de expresar la frustración, todos los niños hacen esas cosas– dije aceleradamente a modo de disculpa.

– Mañana la llevas tú y yo me quedo con Pedro– dijo mi madre con tono neutro.

El tercero nunca llegó

El campamento II

La nueva pediatra dijo que María estaba muy celosa de su hermano y que estaba atravesando una fase narcisista crítica. Ya no valía un campamento urbano, tenía que ser uno de inmersión total en la naturaleza. Tras visitar diez lugares por toda la ciudad porque su padre no veía más que pegas (piscina muy profunda, piscina

cutre, precios desorbitados, monitores muy jóvenes, monitores muy mayores, pederastas potenciales, hippies despreocupados...), decidí que verdaderamente estaba asfixiada por tantas tonterías y fue a un campamento cerca de San Sebastián al que iban todos los niños de la zona.

Cuando fuimos el día de la familia parecía un campo de concentración. Los niños que tenían visita lloraban y los que no la tenían también. Había estado muy frío, la piscina estaba sin estrenar y la noche que hicieron vibac María veía las arañitas minúsculas como inmensos arácnidos depredadores.

Lo peor fue cuando vi a una niña sentada sola detrás del barracón de María. Le pregunté qué le pasaba y me contestó que tenía miedo de morirse.

¿Cuánta angustia puede haber en un cuerpo tan pequeño?

Al año siguiente fuimos todos a Tarragona.

Y cambiamos de pediatra.

Acoso

Me dice mi madre que a la primera ocasión María le pone la zancadilla a su hermano o lo empuja sibilinaamente. A veces le da sustos escondiéndose debajo de la cama, pero Pedro no se rinde y siempre la busca para jugar.

– Madía? Onde ta Madía?

Pedro está en este mundo para que Milady no fuera una niña mimada y egocéntrica pero parece que se le potenciaron todos los males. O quizás sea que el

amor incondicional es sólo entre padres e hijos y no entre hermanas mayores e “insectos” que es el apodo despectivo que le da al pobre niño que es guapo, bueno, listo, sociable y se hace querer en dos minutos.

Posiblemente esté carcomida por la envidia más malsana que existe.

Es comprensible.

Esos ojazos verdes harán volverse loca a más de una.

Ternura

– Mamá, ayer lloré un poco, pero sólo un poco.

– Y ¿por qué, santo mío?

– Porque tardaste en ir a buscarme y pensé que te habías olvidado de mí.

– Eso es imposible, yo no me voy a olvidar jamás de ti. A veces hay atascos y no puedo llegar a la hora, pero siempre aparezco.

– Bueno, fueron cinco minutos y luego se me pasó – dijo acariciándome la cara con su mano pegajosa.

Sé que es mentira, me dijo Luisa que le había dado un bajón al ver que todos los padres iban llegando y yo no aparecía y lloró quince minutos sin consuelo.

Me tuve que contener para no estrujarle y darle mil besos y pedirle perdón por hacerle llorar.

Leí en un libro para padres que nunca hay que deshacer primero el abrazo de un hijo. Hay que esperar que ellos se cansen, que tengan lo suficiente y dejar que se vayan. Creo que fue el abrazo más largo de toda mi vida.

Colibrí (Pedro)

Me dijo la profe que pintara a mi familia. Me la imaginé como un zoo, así que pinté a mi padre como un hipopótamo porque está gordo, a mi madre como un ave zancuda porque y tiene las piernas largas y a mi hermana María como a un monstruo porque a veces me trata mal y me da sustos para que rabie.

En la entrada del zoo había un orangután amable y cariñoso que sonreía a todas las familias. La profesora me miró con su dulzura infinita y dijo:

– ¿Y este quién es, un tío tuyo?

– No, profe, esta eres tú, te gusta?

Le cambió la cara ligeramente y añadió:

– A mí me gustaría ser un colibrí.

Dice mamá que hay que ser educado y no pintar a la gente gorda y peluda, aunque lo sea. Tengo un poco de lío con ese tema.

Mejor me callo y espero órdenes de arriba.

Chocolatinas

– Pues yo tengo un amigo que odia el chocolate – dijo Pedro como si fuera tan increíble que mereciera la pena contarle a todo el universo.

– ¿Quién?– Preguntó María con malicia.

– Uno de mi clase. Pedro estaba cada vez más animado al ver que su hermana se interesaba en su conversación.

– ¿Que quién te ha preguntado?– soltó con naturalidad María al ver que tenía una presa tan fácil.

Pedro continuó explicando que un día en el patio le había ofrecido parte de su chocolatina y lo había mirado raro.

– ¿Cuándo?– prosiguió su malévola hermana.

– No me acuerdo, un día.

– Digo que cuándo te callas– María tenía ya la mirada triunfante del que juega en primera contra el equipo local.

Me levanté y le dije a Pedro que le iba a contar un cuento de espadachines y piratas que le iba a encantar.

Me dio la mano y la sentí suave y muy cálida. Sus ojos me miraban con tanta dulzura que me dieron ganas de estrujar sus cinco años y quedarme con un poco de su esencia mágica. Estaba sucio de arriba abajo y, sin embargo olía muy bien.

A inocencia.

Una de música

María se ha empeñado en traer el piano de casa de su abuela. Dice que no me preocupo de su educación musical y solo me centro en darles de leer y de comer cosas extrañas.

Yo le respondo que nunca les quise imponer tocar un instrumento musical, pero como siempre me critica por lo que hago, no tengo en cuenta sus reproches. Si hubiera traído el piano cuando nació, no habría mirado para él.

– Creo que siempre quieres lo que no tienes y eso indica baja tolerancia a la frustración.

A ver qué haces ahora que tienes el piano– digo con malicia.

María empieza en la escuela de música pero como no tiene paciencia, a los tres meses se cansa de hacer escalas y quiere dejarlo.

No quiero caer en la cantinela: “Si me hubieras hecho caso...” tan propia de estas ocasiones y me limito a decir que algún día alguien tocará ese piano.

Mi filosofía Zen parece haber funcionado y a la semana siguiente nos despierta un sonido melodioso a las seis de la mañana.

Pedro acaba de descubrir su vocación musical.

Espero que los vecinos no se lo tomen a la tremenda.

Amor fraternal

María es muy peleona y siempre está buscando camorra. Esa necesidad de llamar la atención aburre a las piedras. Me acuerdo una vez cuando era muy pequeña que montó un espolín para que no me fuera a hacer la compra y cuando me quedé se fue a su habitación a montar muñequitos y me ignoró. Si sigue así no sé qué pasará cuando sea adolescente.

Me dice continuamente que quiere tener un perro para que le haga compañía porque su hermano es un soso y un varas. Le pregunté que significaba eso y me dijo que su hermano no está a la altura de sus expectativas.

– ¿A qué altura te refieres? ¿A la física o a la otra?

– El otro día le vi jugando con mis muñecas, también juega a hacer pulseras y otras cosas de niñas. Me gustaría que jugara al balón conmigo, pero dice que odia el fútbol. El Pedro es muy raro.–

No doy crédito a que en el siglo XXI y con la educación no sexista imperante venga con estas milongas. Ahora solo le falta decirme que el otro día le compré un jersey rosa chicle y que eso no es de niños.

– Además, el otro día le compraste un jersey rosa y como no tengas cuidado le van a hacer bullying.

María es muy bruta pero hay que reconocer que tiene una gran precisión lingüística. Yo no me puedo creer que nadie en su sano juicio se vaya a reír de él por un simple jersey.

La semana siguiente Pedro llegó muy ofuscado y me dijo que no pensaba volver a poner el maldito jersey

porque unos niños lo habían llamado mariquita. Parece que las sociedades occidentales no avanzan según el ritmo establecido.

Altas capacidades

Le han hecho unas pruebas a Pedro porque me dijo la profesora que se aburría mucho en clase y que a veces hasta se quedaba medio dormido. Le ha salido un cociente intelectual de 130, es decir que se aburre porque es muy listo, no como María que se aburre porque dice que nada interesante puede pasar entre las cuatro paredes de una clase. Ahora me encuentro con una niña que no destaca por vaga y con otro que no espabila por listo. Me preocupan los dos: María es una rebelde sin causa y nunca se conforma con lo que tiene. Pedro es dulce y cariñoso y nunca protesta sin motivo, pero parece que la vida le resulta mucho más interesante en su mundo paralelo.

Dicen que mereces lo que sueñas; me pregunto qué tendrán en sus cabezas.

El traficante de chuches

El médico me ha dicho que Pedro no debe tomar más azúcar de la cuenta porque, aparte de su alto coeficiente, tiene tendencia a la hiperactividad mental y según las últimas noticias nutricionales, el azúcar es malo y además está en todos los alimentos a poco que te descuides. Nada de regalices, caramelos, nubes ni demás porquerías: dieta sana y con muchas proteínas. Pero el otro día cuando llegó del colegio se fue directamente a su habitación con aire de culpabilidad. Pedro es como un libro abierto, no sabe mentir, al contrario que María que miente más que habla. Entre su cama nido y la pared descubrí un zulo que habría dejado fuera de órbita a cualquier diabético. Sobres de pica pica, gusanitos, chocolatinas, gominolas de ositos, barquillos y chicles de melón formaban un arsenal maligno de azúcares refinados dispuestos a hacer de Pedro un psicópata del pensamiento acelerado. Si prohíbes las cosas, mal, y si no las prohíbes, engañas al médico. Gran dilema. Dice su padre que prohibir es lo peor porque eso causa más atracción.

–Para evitar sustos, podemos traer mañana un poco de marihuana e irlas introduciendo en las drogas, así cuando llegue la hora de fumar porros, ellos ya estarán de vuelta– digo con cierto tono caústico. Me mira con cara rara.

Creo que a este le pasa algo.



SEGUNDA PARTE

Nudo

*La infancia es más larga que la vida.
Ana María Matute.*



Vuelta al cole

María está ofuscada porque no quiere empezar otra vez el curso y parece deprimida.

Pedro llora porque su mejor amigo se cambió a otro colegio y la vida va a ser espantosa sin él. Por la calle veo un niño pequeño dando alaridos porque no quiere volver al cole, alegando que ya fue el primer día y con eso basta.

Lleva dos días lloviendo a mares para que quede constancia de que el otoño inminente también tiene que ir cumpliendo sus obligaciones.

Mí hermana Laura, que también es profesora, me dice que volver al instituto le deprime el sistema inmunológico. Yo me limito a llorar en el baño, que es lo que suelo hacer cuando creo que no tengo motivos reales para hacerlo delante de ningún ser humano.

Parece que hay mucha humedad ambiental.

O quizás el sistema no tiene contentos a sus usuarios.

Castigado con once (Pedro)

El profe de inglés es un creído y lo odio. Me mandó quedar una hora después de las clases como en las series americanas. “Detention” dice que se llama en inglés americano. Si hubiera estudiado en Oxford me hubiera dado con una vara de avellano en el culo, el muy cretino, lo sé porque lo vi en una película que nos puso el de educación para la ciudadanía que se llamaba “En otro país” o algo así. Pero yo creo que se equivoca; estamos en España y aquí la única detención es la que te hace la policía.

Levanto la vista y veo llegar al relevo del creído. Esta chica si que es guay, acaba de llegar y lleva minifalda y el pelo súper largo. Urdo mi plan. Saco la mercancía de la mochila, la toco, la abro, la huelo, la miro con deleite y cuando veo que la profe está distraída cojo mi Tigretón y de dos mordiscos me lo zampo.

Parecía guay la nueva, pero me quitó los cromos.

Segundo de la ESO

Explosión de hormonas que transforman narices de niño en narizotas de adolescente, cutis de bebé en cráteres horribles, uñas semicomidas en dedos con colores inenarrables. No hay conexión clara entre los distintos miembros, lo que provoca torpeza y andares desgarbados que a veces parecen displicentes. La mente no aprendió aún a reprimir frases molestas por inoportunas o por ser excesivamente verdaderas. Se mezclan dibujos animados que aún hacen tilín, con series para tontainas que no conocen el concepto cinturón. Todavía no se sabe si es mejor coleccionar novios o pegatinas del Osasuna. Hay ganas de conquistar la amistad de Kevin, pero en el fondo sólo le envidian que tenga una cresta teñida de amarillo.

La vida nunca fue más fácil y más extraña, por eso se ríen quince veces por minuto.

Dispersa con 13 (María)

Veo cúmulos de colores que, al empezar a llover, dejan caer diminutas bolas azules y amarillas que, al mezclarse, parecen gotas de hierba. Busco un libro y una señora me manda a Alejandría, pero sin el plano de la polis me pierdo e intento coger un vagón extraño que tiene conexión eléctrica con el cielo, pletórico de cables que se cruzan.

Pinto de añil mis uñas en el gineceo, el frasco de esmalte pesa diez hectogramos, o eso dicen mis primos, que no son números pero les encanta el álgebra. Aparece la shua y algún sonido fricativo haciéndose el sordo. La anáfora pasea por el ágora presagiando malos augurios, pero el oráculo dice que venceremos de nuevo a los persas, que son valientes aunque algo inoperantes en sus estrategias alternativas. Residuos reciclables me preguntan por Mario Bros, quien a su vez está convencido que Alicia en el país de las maravillas está inspirado en sus aventuras. Cervantes asegura que Fleming fue un genio, pero manifiesta, con una superlativa hipérbole, que sin helio no habría globos para los cumpleaños. Miro en la Wikipedia el porcentaje de argón que hay en el aire, pero un experto camuflado de cefalópodo explica que ya no se venden gominolas en los colegios porque no es sano para nuestro futuro, que por otra parte esta más amenazado por desastres naturales o artificiales que por productos blandilocuentes.

El aparato digestivo de las ranas se me atraganta mientras veo pasar a unos soldados con lanzas que se

rinden, no sé si por sabios o por cobardes.

El presente continuo amenaza con utilizarse en un futuro próximo como los coches eléctricos, que serán vitales para el desarrollo sostenible de nuestro planeta que todavía es azul, ojo al dato. La presentación de Power Point sobre las características del australopiteco me caduca y se llena de mohos como los que utilizaba Pasteur para sus vacunas y un cero se aproxima por el nordeste con un aire que presagia fresco en la zona atlántica que habitamos.

Despierto al grito de: ¡ya son las ocho menos cuarto, arrea!

Hoy Ana nos va a preguntar los minerales en inglés.

Who cares?

Regalo I

María no me regaló nada para el día de la madre.
Pedro me regaló una figura de barro que hizo en
extraescolares.

Me pregunto si es falta de liquidez o esta ahorrando
para crear una ONG en defensa de un mundo mejor.
O quizás esté en contra de las sociedades matriarcales.

Regalo II

Pedro me regaló una pintura que hizo en actividades
extraescolares para mi santo.

La preadolescente displicente no me regaló nada y eso
que es fiesta nacional.

Tampoco me puso nada para los Reyes Magos.

Los pilares de la tierra se tambalean peligrosamente.

La lista

Hoy Pedro se acerca con una lista de dudas existenciales
y empieza a disparar sin piedad.

—¿Si le haces una promesa a alguien porque se va a
morir y luego no la puedes cumplir, que pasaría?

—Mmmm...¿Puedes ser más preciso?

—Si tu me pides en el lecho de muerte que me case

y yo te digo que sí para no disgustarte y luego no encuentro con quién casarme o no me apetece...o si pones en el testamento que yo no reciba mi parte si no estudio, tengo que terminar de estudiar lo que tú digas antes de recibir lo que me toca?

—Mmmm, no sé qué decirte...

—Y si un día estoy durmiendo y me muero, ¿cómo sé que estoy muerto?

—No lo sabes, no te enteras...

—¿Entonces estar muerto es como estar dormido?

—Nadie ha vuelto para contarlo.

—¿Y si practicas una religión y te equivocas de dios, pero lo hiciste con buena fe, vas igual al cielo? ¿Solo hay un cielo o cada religión tiene uno distinto? ¿Cómo te imaginas el cielo? ¿Si tú te mueres qué haces en el cielo? Saco la masa de la pizza de la Termomix y digo a Pedro que si le parece buena idea ir a la perrera por la tarde y mirar un perro cariñoso al que cuidar y querer.

— ¿Los perros que son buenos y protegen a las personas también van al cielo?

Echo de menos las preguntas de María, tan sencillas de contestar, y mando balones fuera.

— ¿Por qué no le preguntas a la catequista? Seguro que te da información muy detallada a esas dudas que tienes.

—Ya lo hice y me contestó que preguntara en casa, dice que los padres se tienen que involucrar.

Menuda manera de escurrir el bulto. Como es tan hábil y ve que no le respondo a las preguntas cambia de tema y ahí me tiene pillada.

—¿Y cuándo dijiste que íbamos a buscar al perro?

Al día siguiente fuimos a la perrera y trajimos a Platón,

un setter canela de seis meses que habían abandonado en un parque.

María dice que fui cruel haciéndole esperar tantos años por el perro y que nos podíamos haber olvidado de Pedro y haber ido directamente por Platón.

La miro con furia mientras que Platón da saltos a nuestro alrededor y le digo que como no cambie arderá en el infierno como un chorizo a la brasa. Pedro vuelve a la carga.

—Y, oye mamá...¿De verdad existe el infierno si Dios siempre perdona? ¿Por qué dices que me mandas al catecismo para que yo de mayor haga lo que quiera? Papá cuando va a misa se aburre, lo noto. El cura dice que Dios está en nosotros, podría hablar directamente con él sin falta de ir a la iglesia.

¡Maldito coeficiente!

Los dejo con el perro y me voy a la peluquería a toda velocidad.

Catorce en Nueva York

María está imposible y dice que lo único que desea en esta vida es conocer Nueva York.

Como por las buenas no nos entendemos y la brecha generacional se está convirtiendo en un inmenso cráter con vistas a lava incandescente le digo que se vaya un mes y que cumpla su sueño antes que la pesadilla de la convivencia nos saque en los sucesos locales. Se va sola, sin despedirse con un beso ni mirar atrás y yo reseteo toda mi vida en los últimos catorce años pensando qué hice mal. Su padre le quita importancia a todo lo que hace pero a mí me hiere que se despidiera de esa manera. Pedro dice que él nunca va a ir a ningún sitio sin mí.

Una vez allí, la vida no es tan distinta, porque la idílica familia Flanders que pesca cerca del lago y que vive a una hora de la civilización se mosquea porque la niña ni come verduras ni le gusta ir a pescar los domingos.

Los comprendo, no tenía que haber cambiado de familia o de continente sino de cerebro; cuando uno no conoce su lugar en el mundo los espaguetis saben igual en todos los sitios, así que a las tres semanas y alegando una posible desnutrición, la mandan a otro lado. Hay overbooking en New Jersey.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Nada se sabe. Durante tres días sé que María sigue en el mismo sistema solar pero no hay GPS para ubicarla.

Yo nunca he sido una madre alarmista, pero hay algo llamado subconsciente que te despierta por la noche con escenas de terror que van desde descuartizamientos

a asesinatos en masa en una discoteca, así que me preocupo. Tras sesenta horas me dicen que la niña de mis ojos, aquel bebé de dos kilos y medio que berreaba todo el día, está en N.Y. City porque ya no había familias disponibles en la zona y que se aloja en una macro residencia de estudiantes.

¿Mejor o peor? No lo sé.

Tras un mes interminable, María llega al aeropuerto y la veo venir hacia mí gorda como un tonel, posiblemente por las verduras que no comió y con la tranquilidad del que ya ha visto suficiente mundo.

La abrazo y la comprendo; no sabe y no puede. Intento controlar las lágrimas cuando noto que se deja abrazar durante cinco segundos.

Y porque sé que aunque esté muy lejos y se porte fatal, la querré por siempre jamás.

Clase de lengua (María)

“Y entró la profesora con su pelo intermitente, impertinente en su sabiduría de metáforas y sinestesias, oliendo a suspenso y emanando Farandol. Me dijo que sonaba a esdrújula y que mis esfuerzos eran advenedizos en su aliteración. Sugirió con una hipérbole, que mi triste cinco de antaño había sido tragado por un agujero negro de palabras sin acentuar que se habían sentido ofendidas por ser ignoradas. Comentó que la fuga de cerebros era polisémica. Yo ya no escucho, porque me quedo absorta contemplando una mariposa que se pone cerca del zafio alféizar de mi cabeza de alfeñique. El pelo intermitente sigue con su discurso y yo me evado pensando en la teoría del caos y temo que esta noche haya tormenta en mi casa, porque tronar significa tiritar veinticuatro veces al día.”

—¡¡¡María, dame el papel que le estás pasando a Lorena!!!

—Lo siento, profe, son cosas personales, te estaba escuchando perfectamente, te lo repito si quieres — le digo con toda la cara de buena que soy capaz de ponerle.

—Yo también sé hacer dos cosas a la vez; leer tu nota y pasarle otra a tu madre para que venga a hablar conmigo, por ejemplo.

Como mi madre también es profesora de lengua y siempre nos anima a leer y a escribir, seguro que no le parece mal que haya estimulado mi creatividad en vez

de escuchar su absurda explicación del cuadro fonético.
Por una vez en mi vida, mi madre no me castigó.
Un día le oí decir que las mujeres que cambian de pelo
cada dos meses son inseguras per se.
Hoy jugué con ventaja.

Disney versus los Simpson (Pedro)

“Súmate los ojos de Blancanieves, los delicados pies de la Cenicienta, la dulzura de la Sirenita, la coquetería de la Dama, la inocencia de Caperucita, resta un poco de la vanidad de la bruja y divídete por Ricitos de oro. Entonces serás mi Bella.

– Y tú... ¿no pides demasiado, Bestia? Tu cabeza es enorme, tu cuerpo deforme y tus andares ridículos. ¿Por qué exiges la perfección?

– Tú eres el enanito gruñón que me quiere tener de fregona, el padre de Caperucita que está en el bar mientras ella corre graves peligros, un caza sirenas de pacotilla, un grandísimo batracio con ansias de príncipe chulesco. Ni te quiero ni te necesito.

Multiplícate por cero”.

Pedro está indignado porque tiene un cero en la redacción de lengua. Cree que no hay imaginación en el gremio y que los adultos estamos constreñidos por una parálisis creativa altamente alarmante.

No lo niego.

Ese espíritu crítico le jugará malas pasadas.

El color de las matemáticas (Pedro)

Las matemáticas eran círculos rojos sobre fondos blancos, pero ahora con el sustituto del Ciruelo los círculos son verdes y más pequeños y eso mejora mi situación cromática y anímica, porque mis fracasos no son tan ostentosos y tienen la ilusión de la esperanza.

El profe nuevo es joven y algo hipster y no utiliza rojo para señalar nos nuestros errores porque es listo y sabe que el rojo es el color del peligro. Yo me pongo azul, que según el ticher es el color de la tristeza porque en casa con los logaritmos hacemos sopa de letras. Mi madre suma ilusiones y mi padre no está siempre que se le necesita y yo, según mi hermana María, solo se aburrirme en mi mundo sin color. Con tanto daltonismo no me extraña que el álgebra me suene a fastidio y la geometría a bipolaridad paranoide.

Miro por la ventana y me pregunto si el aburrimiento es un estado o un país.

Lunes, timbres y otras filosofías (María)

Los lunes huelen a queso rancio, a ropa guardada en el armario antes de que esté totalmente seca, a desánimo y a fastidio. Antes de salir de la cama ya estoy deseando estar de vuelta, comer rápidamente y oír música hasta que el mundo se termine.

¿Mi momento favorito? Cuando falta el profesor y

estamos de guardia con algún simpático que nos deja hablar toda la hora. ¿Mi momento favorito? El timbre de salida.

Cuando suena el de entrada es amenazante como un alarido, pero cuando es el de largar para casa es una promesa de libertad y sin embargo es el mismo timbre. Esta reflexión tiene un toque filosófico, a ver si me van a servir para algo las clases del Sócrates...

Me dicen que piense en mi futuro, pero hoy en latín la profesora dijo que había que practicar el Carpe Diem y yo, cuando me interesa, hago lo que me dicen.

Ya tengo quince años, he decidido jugar limpio y no copiar más en los exámenes.

Creo que estoy madurando.

Un día cualquiera

Me acerco a la pandilla de adolescentes que son la razón de mi existir todas las mañanas y en tardes ocasionales. Esperan apelotonados a que yo llegue para empezar la tortura habitual de calla-atiende-escucha. ¿Lo estás corrigiendo? Sauuuuuuuuuul ¿??Qué haces pisándole la mano a Olay??? Doy los buenos días y ni Noelia ni Alejandro ni Lucía ni Sara osan levantar la cabeza porque están haciendo chuletas a toda velocidad.

Kevin hace un gesto como para espantar una mosca y Miriam devuelve el saludo enseñándole su nueva y reluciente ortodoncia. Empieza el partido y el árbitro se dispone a separar a Carlos de Omar quien a su vez se siente discriminado una vez más y así lo hace notar,

que no hay derecho que siempre me separen cuando yo no hablo y que manía me tienes, carajo. El árbitro saca tarjeta amarilla recordando la conveniencia de utilizar palabras respetuosas en un campo deportivo cultivado y recoloca a los jugadores. De una pasada ve que faltan a los entrenamientos dos personas sea por baja forzosa o por motivos más lúdicos, porque en el bar de en frente los bocatas son grandes y en el recreo no hay tiempo para todo. Omar tira el estuche a Saúl, pero da en la cabeza de Noelia quien suelta otro improperio esta vez de mas alto standing. El árbitro vuelve a sacar tarjeta amarilla mientras se queja de la falta de operatividad por parte de algunos jugadores a la hora de calentar motores. Alejandro se queja de frío y reclama estar cerca de una fuente calorífica, cosa bien complicada ya que con los recortes dicha fuente esta de capa caída y el árbitro se agota antes de empezar y amenaza con tarjeta roja colectiva.

Se oye la sirena de incendios y salen todos enloquecidos de risa y prisa.

El árbitro los sigue y confía en que algún día pueda jugar en otra división.

De compras

María ha comentado que no tiene ropa y que vive como una homeless. Tanta auto-lástima me ha dado risa interior y he decidido ir con ella a comprar unos vaqueros. Cuando estamos en la tienda se dirige sospechosamente rápido a una pila de pantalones

medio deshilachados. Le digo que comprar unos pantalones nuevos que parece que están para retirar es una grandísima paradoja.

—Ya sabía yo que no me los ibas a comprar —dice con morros cuando salimos de la tienda.

—Pues si ya lo sabías, podíamos haber ido a tomar el fresco —añado yo con total naturalidad para disimular el fastidio por el tiempo perdido.

Al llegar a casa, coge unas tijeras y da tres cortes certeros a cada una de las perneras de unos pantalones viejos. Recuerdo el libro que leí la semana pasada sobre el cerebro adolescente. Como dice que hay que mantener los canales de comunicación abiertos con nuestros hijos, le digo que va a estar muy fresca ahora que llega el verano. A la semana los cortes se hacen más grandes y ya forman agujeros de cuatro centímetros. Semejante desacato a la autoridad me parece una desfachatez y me apetece cerrar los canales de marras haciendo desaparecer los pantalones o tiñéndolos accidentalmente en la lavadora. Estamos en guerra técnica.

Sonrío y le digo que ahora esos pantalones están muy de moda en vez de seguir mis instintos, montar un pollo de impresión o mandarla interna a un colegio de señoritas.

Mirándolo bien, está afianzando su personalidad, demostrando que tiene iniciativa, rebelándose contra el sentido clásico de la moda y quizás demuestre con todo ello que tiene aptitudes para ser una gran creadora de tendencias.

Hoy ha aparecido con un pendiente pequeño pegado a la nariz. Dice que le iría muy bien con el tatuaje de

una rosa.

Mi hermana Laura dice que es un paso natural hacia la independencia de pensamiento y que esa actitud solo indica que está empezando a evolucionar y a ser autónoma. Dice que los adolescentes necesitan rebelarse contra las figuras más cercanas para afianzar su personalidad y que hoy en día cada uno va como le da la gana y nadie mira para los demás. Evito preguntarle si pensará lo mismo cuando las repollos repeinadas de sus hijas aparquen los lazos y empiecen a hacerse agujeros en la lengua.

Su padre dice que hay una edad para todo y que si no es ahora cuándo va a ser. Dice que la tengo monitorizada y que soy excesivamente tradicional ¿Tradicional yo? Me gustaría que se quedara solo con los dos una semana a ver si cambia de opinión, últimamente lo veo un poco distante con los asuntos de contingencia casera.

Como nadie me apoya, hablo con mi madre quien empeora aún más la situación si cabe. Según ella, soy una madre laxa, no sé poner límites y si sigo así la niña se va a convertir en un pendón verbenero.

Francamente la vida es más fácil cuando trato con los hijos de los demás.

Comparaciones (Pedro)

Me dijo que metía la cabeza debajo del ala como el avestruz, que me escondía en la concha como un caracol y que reaccionaba a sus muestras de cariño como un erizo.

Añadió que era necio como una mula y que estaba mutando hacia la insensibilidad.

Eso me hirió. Ya sé que antes era muy dulce con mi madre pero tampoco hay que ponerse así porque quiera ir al cole solo. Desde que María se dedica a suspender creo que está un poco alterada.

La verdad, me gustaba más cuando recurría a las sutilezas de las metáforas y a la fina ironía.

Sintetizando (María)

Sintetizar, sintetizar y sintetizar, no volváis a poner lo mismo que trae el texto, resumir y resumir. Se pone lo importante y se deja la paja, las quinientas palabras tienen que quedar en cincuenta. MÁXIMO.

¡Cómo se repetía la buena mujer! Yo hubiera puesto una grabadora; no sé si se acaloraba tanto de repetirlo con aquella pasión o si era más bien que le quemaba el sistema nervioso repetir las cosas mil veces.

La profe era buena, lo reconozco, pero nosotros éramos una panda de vagos irredentos y cuando llegamos al análisis sintáctico, eché de menos sintetizar y sintetizar porque mi mente se llenó de complementos, aditamentos y suplementos que me dejaban tan indiferente como a un cactus un día de sol. El martes que me tocó salir al encerado lo hice temerosa del ridículo que se avecinaba. Y... ¿Esta frase es una relativa sustantivada? Preguntó con sus dulces ojos miopes.

Yo sintetice al máximo y dije:

– Ni idea.

– No me puedo creer que después de diez días viendo las mismas cosas, las mismas cosas una y otra vez, no sepas lo más básico. No me puedo creer que...

– Profesora, por favor, sintetice– supliqué para evitarle el calentón.

Los tres días que estuve en casa, mi madre sintetizó de lo lindo con todo tipo de castigos.

La sudadera (Pedro)

Miro donde está fabricado mi anorak nórdico y la etiqueta pone made with love. ¿Es una broma o no quieren poner dónde se hizo? ¿O están los fabricantes volviéndose románticos y está cambiando el mundo y no me entero?

Creo que veo demasiados telediaros y quizás no me crea que las cosas se puedan hacer con amor en vez de con ganas de venderlas.

O quizás me perdí alguna clase de geografía básica.

¿Qué es el amor, un paraíso fiscal o una estrategia de marketing?

¿Me estaré volviendo un descreído?

No Dramas (María)

A veces me levanto con el odio en el cuerpo. Odio las fronteras que separan, la risa ausente de los telediaros y la codicia del que roba amparado en el poder. Odio cuando pongo mi cabeza en un hombro que no está y me quedo con tortícolis en el alma. Odio los abriles que se dan a la fuga y los años que nos roban un día. Pero hoy, como es viernes y hay súper luna, he decidido no odiar porque no quiero contribuir con mis quejas inútiles a la contaminación anímica del planeta; por eso, pinto una gran sonrisa en mi rostro y salgo a la calle con mi camiseta favorita, la que dice; ”no boyfriend, no dramas”

Corazón I (Profe de biología)

Mañana toca laboratorio y tengo que preparar la clase, es decir, tengo que ir a la carnicería. Allí me esperan unos cuantos corazones que tengo encargados desde el lunes. Lo peor de todo es ir a recogerlos. Ya he probado todas las frases posibles pero ninguna me acaba de sonar bien.

– Vengo por los corazones. Demasiado brusca.

– ¿Ya llegaron los corazones? Demasiado surrealista.

– ¿Sabes si el chico me guardó el corazón? Demasiado cursi.

– ¿Ya tenéis los corazones listos? Demasiado dada a malas interpretaciones.

Como últimamente hay baile de carniceros porque están haciendo prácticas, no puedo pasar el mismo sofocón cada vez que voy, así que hoy se me ocurrió algo distinto.

Me hice pasar por sordomuda. Me golpeé el corazón cuatro veces y sonreí con amabilidad.

No hay nada como el lenguaje no verbal.

Corazón II (María)

La profesora de biología nos dijo que mañana íbamos a abrir un corazón. De cerdo, claro. Me gustaría poder inspeccionar minuciosamente el de Andrés, saber de qué clase de tejido resistente está formado, ver el grosor de las salidas de sus arterias que creo que tiene saturadas y no de LDL, sino de no dejar pasar las indirectas que le suelto regularmente lunes, martes y jueves que son los días que nos sentamos juntos en biología.

Mis palabras ignoradas están haciéndole un tapón peligrosísimo para su salud y su corazón puede acabar como el del porcino, en una mesa de laboratorio, donde ilustres patólogos analicen cómo con quince años se te puede atascar la vida tan bruscamente. Andrés ignora que estamos en mayo, que las faldas se acortan y los días se alargan como mi melena cuando la plancho.... Espero que mañana se ablande con el cerdo.

Carta a los Reyes Magos (Pedro)

Tengo ganas de que el coyote coja al correcaminos, que es rencoroso y mal colega y que Ricitos de Oro se haga el alisado japonés y que Arturo no tenga una tabla redonda sino una mesa cuadrada, que es mucho más práctica. Y que Blancanieves estudie astronomía y se deje de perder en el bosque, ah y que compre un lavaplatos.

También deseo que Hansel y Gretel empiecen a comer verduras.

Y que La bella durmiente tenga una buena máquina de coser.

Que a las ranas las dejen tranquilas en sus estanques.

Que la cerillera encuentre una casa con paneles solares y que el soldadito de plomo se salve de la quema. Me gustaría que al gigante de Wilde le saliera una novia cariñosa y que el jorobado de Notre Dame se pudiera mirar orgulloso al espejo.

Y solo si podéis y no os afectan demasiado los vaivenes de la economía un long board y un móvil nuevo, que el otro pertenece ya la época jurásica.

Y una novia para Platón, que seguro que le apetece compañía del otro sexo.

Creo que Pedro se parece a María en sus pretensiones literarias ligeramente inclasificables.

Filosofía (María)

Apareció dos segundos después de que sonara el timbre. Era alto, moreno y con unas gafas tipo Indiana Jones en su mejor momento. Nos anunció que iba a darnos filosofía y nos enseñó lo que sería el instrumento de tortura de los próximos nueve meses. El libro se me atragantó desde el mismo momento que lo vi: fue un auténtico antiflechazo.

Dijo que su nombre era Roberto y fijó los exámenes para todo el año.

¡Qué organizado! ¡Qué guapo! ¡Qué pinta de buena persona! Voces femeninas surgieron por doquier ensimismadas con tanto glamour y atractivo físico.

Pero al poner el maletín encima de la mesa intuí que venía repleto de ceros.

Orgullo de madre

Gracias a la llegada del piano, Pedro descubrió que la música es algo maravilloso. Este año, además de seguir con el piano, decidió empezar violín. Como también le gustan los idiomas va a una academia de francés porque dice que con el inglés del colegio tiene de sobra. También saca dieces en matemáticas y le encanta leer.

Afortunadamente, no es de esos niños repelentes que caen mal porque creen que lo saben todo; al contrario, Pedro es humilde y discreto y nunca se jacta de lo que

sabe. Ya desde pequeño te miraba con esos ojazos verdes que parecía que te entendía. María sigue con unos celos que la sobrellevan. Creo que no va a aceptar a su hermano nunca. Ahora lo llama friki y le dice que solo falta que le de por la cultura nipona o convertirse en un cosplayer.

Se equivoca, él es más de Mortadelo y Filemón, como yo.

En clase de historia (María)

Y empieza la clase y yo con este bajón de ánimo y glucosa, y la tía se embala y empieza a hablar de las guerras relámpago, muy poco oportuno para un lunes a primera hora en que todo va a cámara lenta. No estoy yo para alteraciones meteorológicas; ayer estuve hasta las dos de la mañana con el móvil echando chispas y hoy tengo la cabeza superdensa. La invasión de Polonia da paso a la batalla de Noruega, la de Inglaterra, la Operación Barbarroja y la batalla de las Ardenas. ¿Cómo se puede tener tanta energía a estas horas? ¿A qué hora se habrá acostado para estar así? Y qué friolera es, siempre viene tapada hasta los ojos. Huy, me acabo de perder y ya no sé en qué batallita estamos...

– María, por favor, dice la pitonisa que tiene unas dotes psicológicas que le permiten distinguir al que atiende del que no. ¿Dónde íbamos?

– Para serte sincera profe, llevo un rato perdida. Que esté en pie no significa que esté despierta.

En jefatura mi humor fino no hizo una gracia excesiva

y la muy borde me puso un cero por falta de atención. Como el que sacó ayer el Athletic.

Cuatro pendientes y un piercing

Me quedé muda. Tanto se agolparon las palabras en mi garganta luchando por salir que se hizo un embotellamiento y todas quedaron atrapadas como en hora punta. Me quedé callada un rato y otro rato y después de muchos ratos empezaron a salir débilmente, primero las que estaban furiosas y cuando toda la ira se fue apaciguando salieron las últimas.

Necesitaba un reconstituyente inmediato, la lucha había irritado mis cuerdas vocales de manera devastadora.

De sobra sé que María no soporta que le griten pero aquel piercing en la lengua después del que se había puesto en la ceja me puso en el disparadero. Solo le falta cortarse una ceja. Después de haber teñido el pelo en dos colores, es lo último que le queda para parecer una condenada al patíbulo. Además con esa ropa que trae, parece que creció en casa de la familia Addams.

Dice que tiene su propio criterio y que nunca vamos a coincidir en nada porque yo estoy súper anticuada. ¡Será mema! ¡Yo!

Cuando tuvo la infección en la boca y se lo tuvo que quitar no le dije nada.

El famoso “Ya te lo dije” no habría aportado nada nuevo a nuestra maltrecha relación.

Además yo ya llevaba tomándome las cápsulas de hierbas Valeriana plus desde hacía un mes.

En cultura clásica (María)

Oigo como quien oye llover la explicación de hoy sobre las guerras de Cartago; lo complicada que era la vida si te enamorabas de un troyano y lo mala que era la ira de los dioses, que a veces estaban muy aburridos y se divertían haciendo pifias a los humanos. Ulises pena por volver a Ítaca y hay malos augurios para el próximo examen porque tengo la tercera declinación atragantada y no tengo intención de desatragantarla.

Me aburre lo clásico, aunque sea cultura, porque yo soy más bien de soñar despierta con caballeros medievales, más del amor cortés que del valiente, de las reverencias a la salida de clase para ver quién lleva mi mochila. La llevo yo, claro, porque no tengo admiradores como Arturo tenía caballeros. Así que cuando oigo el timbre salvador cojo mis cosas y me voy para Camelot, donde con un poco de suerte hoy habrá canelones con tomate.

Junio musical (Profesora de música)

Los días que amenaza primavera son los peores. Las cabezas cantan arias con las piernas largas y esbeltas tantos meses ocultas y las melenas se extienden como sábanas blancas en un tendal fresco de vida. La sangre corre por las venas impulsada por un metrónomo enloquecido puesto en modo allegro o molto vivace y la batuta hormonal lo conduce todo a un caos dirigido por las leyes de la armonía. Los instrumentos que parecían desafinados empiezan a tocar melodías dulces en las que la fijación por el sexo opuesto ocupa el noventa por ciento de los pensamientos.

Entonces entro y clase y oigo: “Me cago en mi puta cabeza, o me das el estuche o te reviento” y esto descoloca mis reflexiones musicales. El receptor de tan dulces palabras le azota el estuche y le da en un ojo.

– Idiota, subnormal, ya verás cuando te coja, so mamón. Creo que va a hacer falta darle un toque a la policía lingüística.

Pretérito pluscuamperfecto

Daniel entra el último y para hacerse notar, le da una patada a la mochila de Kevin, quien tiene evidentemente un justo sentido de la propiedad. Como la acción no puede quedar impune, este se remonta con furia mentando a su progenitora, algo muy poco oportuno.

Jiménez sale por soleares para celebrar que la vida vuelve a 2°C en todo su esplendor porque el verano es largo pero hay cosas que no se olvidan, especialmente las que provocan desastres.

Caen dos sillas y la contaminación acústica empieza a hacer mella en mi sistema nervioso. Dos niñas se ríen con estridencia en la última fila enseñándome sin ningún pudor unos piercings en la lengua y piden ir al baño con urgencia aunque hace tres minutos que entramos en clase.

La naturaleza es cruel con algunos adolescentes. A Lucas le crecen más rápido las extremidades que el tronco y eso le da un aire un poco desgarbado. A Daniel, la nariz le destaca en exceso y desde que le da al Red Bull está hecho un friki; ahora mismo, por ejemplo, está asomándose a la ventana y temo por su vida porque se supone que soy responsable de su seguridad, así que le doy dos voces para que vuelva a la incomodidad de su silla verde. Me dice con mucho descaro que no está sordo y que no molesta a nadie tomando el aire. Los demás quedan un segundo en silencio esperando mi reacción.

Chulito, te va a poner un parte el primer día— dice el más osado. Y hay gran alboroto de abucheos. Ya me conocen pero quieren ver si muté durante las vacaciones. Le miro, le digo que le eché mucho de menos durante el verano y como no conoce el concepto sarcasmo le aseguro que este año, por fin, aprenderá a utilizar el pretérito pluscuamperfecto.

La muñeca de María

Al contrario que Pedro, que se acordaba mucho y sacaba el tema con frecuencia, María no dijo nada cuando se murió el abuelo. No lloró, no habló del tema nunca más, iba al cementerio cuando tocaba. No parecía importarle demasiado, había ocurrido y punto. Tampoco parecía que quisiera evitar el tema o tuviera una pose del tipo: no tengo tiempo para esas cosas, no me des la lata.

Al cabo de un año, vi que tenía algo escrito en la muñeca. Como siempre llevaba la mano escrita con chuletas a los exámenes pensé que le había quedado mal lavada.

A la semana siguiente me volví a fijar. Eran tres letras y un corazón muy pequeño.

Como estaba comiendo un yogur y mirando la televisión, no vio que yo la miraba.

Eran las iniciales del abuelo.

Yo tampoco dije nada.

Clase de inglés

Nuestro amor empezó siendo un condicional real. Es decir, si sales conmigo, seremos muy felices. Después se convirtió en condicional tipo dos, es decir, si me quisieras, me lo demostrarías. Ahí empezó el mosqueo, porque sus sospechosas muestras de indiferencia parecían indicar que aquel amor era más bien narcisista que otra cosa pero perseveramos y caímos en el tipo tres como en un agujero negro, perdidos irremisiblemente en el reproche infinito. Fue entonces cuando cambiamos radicalmente al modal de recriminación. Deberías haberme querido como yo lo merecía.

Ahí vino la gran equivocación: “aunque ya no te quiero, estoy muy bien en mi zona de confort”. Grave error, hasta el más tonto de los tiempos verbales sabe cuándo hay que desaparecer y dejar que corra el aire.

Le pregunto a María si necesita ayuda con los condicionales en inglés.

– No, la profesora los explicó perfectamente con su trayectoria vital.

Hay profesores que deberían ser más prudentes.

Septiembre con dieciséis (Andrés)

“Despido temporada dulce de helados para dejar paso a las castañas. Y me despido de ti, la más terrorista de las palabras, la más lista de primero de bachiller, la más conservadora y la más anárquica.

Ya no soñaré contigo en el mar y guardaré con amor mi camiseta con nuestras caras y los selfies con los sombreros de paja.

Cuando guarde la bicicleta intentaré olvidarte aunque será difícil porque eres la masoquista que aguanta mis chistes y la única que sabe aplaudirme con su mirada irónica. María, María.

Pero algún día echaré de menos los días cálidos en los que ponía nombre a las cosas que me gustaban y te pondré nuevos nombres a ti, María, la más morena, la más enigmática. My sunshine.”

Andrés.

¿Será posible que para un novio que me sale y que me venera, los tontos de sus padres lo manden a estudiar bachiller a Oregón?

¿Acaso no se dan cuenta que donde mejor están los hijos es a su lado, con sus amigos y su instituto?

O quizás quieran poner un océano entre ellos y su espíritu poético.

Trío de ases (Johny)

El policía vino a darnos una charla sobre los peligros que nos acechaban fuera del entorno escolar. Nos advirtió, nos alentó, nos amenazó, nos aconsejó y en general hizo de poli bueno.

Bastante atorrante, por otra parte. Cuando se fue, Carlos y Luis salieron a la ventana a despedirlo. ¡Hijo putaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Hijo puuuuuuuta!

Entonces entró la directora y preguntó quien había sido. Todos callamos como tumbas, porque está muy mal visto chivarse. Estuvimos toda la mañana riéndonos, sobre todo después del recreo cuando Carlos sacó la mercancía y fumamos un rato. Entonces apareció la de inglés y nos mandó a dirección. Maldita bruja.

Casi me da pena cumplir los dieciséis.

Quien sabe lo que me espera en este mundo sombrío.

Poli bueno

Otra vez ese maldito instituto, me tienen harto con sus charlas y sus invitaciones. Con lo bien que estoy en mi despacho dedicándome a mis asuntos. Todos los años la misma historia. Hoy por lo menos estuvieron callados y alguno hasta parecía arrepentido por el robo masivo de ordenadores del aula de francés, incluido el de la profesora. Salí de allí aliviado hasta que oí los malditos insultos de esos delincuentes potenciales.

Voy a quejarme al sargento para que el año próximo manden a un primerizo, que este instituto curte como la cárcel, malditos críos. Hasta en el coche me habían puesto maricón.

Cuando cumplan dieciséis y salgan del centro a ver quién va a dar la cara por ellos.

Entonces sabrán lo que les espera.

Cambio

En este instituto reina el caos por doquier: algunos alumnos roban ordenadores, rayan el coche a los profesores, se pelean a la mínima y como intentes dar clase creen que te falta una tuerca.

La sensación de ser invisible a sus ojos e impermeable a sus oídos me provoca cierta frustración. Hablo demasiado alto, repito demasiado y mando callar todo el tiempo. Mis neuronas están agotadas.

El otro día vino un policía a dar una charla y, cuando se iba, un alumno insultó a su madre y luego fue a fumar porros al baño con los colegas. Podía haberme hecho la sueca, pero una tiene cierta conciencia social, así que llevé al trío a dirección.

Al salir me dijo el director que de sobra sabía lo que pasaba en el centro y que me limitara a no llevar tijeras a clase para hacer posters. Al padre de Jiménez no le hizo ninguna gracia que su hijo llegara a casa con una ceja cortada. Le dije que habían aprovechado la ocasión del póster para hacerse un corte fortuito porque ahora está de moda. Argumenté que no tenía margen de

maniobra, que no me sentía apoyada en el centro y que él mismo tenía una actitud machista y prepotente con ciertas personas.

Me miró como si estuviera histérica.

Lo peor fue cuando el día siguiente vino la conserje a decirme que la limpiadora había encontrado un pendiente debajo de la mesa del despacho del director y que creía que era mío. Me miró raro.

Se ve que en el fragor de mi defensa pro mujer ignorada salió disparado y aterrizó a sus pies.

Ahora voy sin pendientes y en tren.

Por lo que puedan pensar.

Viaje de estudios (Fer)

La lluvia de fuego que lentamente devoraba la ciudad iba dejando tras de sí un reguero de cuerpos calcinados que me recordaron mi visita a Pompeya, donde me ignoraste definitivamente entre el olor a azufre y el bullicio de Nápoles. Maldita María; cada vez que veo llover fuego en los documentales me acuerdo de aquel día y de las ganas que me entraron de ponerte a la parrilla o de quemarte como al arroz con leche de mi abuela.

Engréida, arrogante, mema. No es tan fácil rechazar a un tipo como yo.

Pero en el fondo te sigo escribiendo poesías.

Melenas y otros complejos (Nerea)

Toda la vida había sido una repetición incansable de letanías a cuenta de mi pelo crespo y rizado. En el colegio me obligaban a poner una goma para que ni un pelillo quedara a merced del viento y cuando no estaba muy tirante, una mano firme y ruda se encargaba de tirar tanto hacia atrás que a veces se me achinaban los ojos.

Cuando llegué al instituto tenía el pelo tan largo que si lo dejaba al aire era un engorro, pero como era mi sello característico lo dejé crecer todo lo que pude y me puse un pañuelo hippy que fue mi seña de identidad en todos los cursos de la ESO. Luego me cansé y le pegué un corte a lo francés bastante chic, pero según iba creciendo el pelo volvía a su naturaleza primitiva. Mi madre me preguntaba todos los días si me había peinado, mis amigos se reían de aquella masa de pelo rebelde y molesta y yo deseaba que se inventara lo que ahora es el alisado japonés. En cada fiesta, celebración, aniversario o funeral, siempre había alguien que me criticaba el pelo y estaba a punto de empezar a sacar mi lado oscuro y convertirme en una grosera impenitente cuando en el mercadillo se me ocurrió una idea. La camiseta decía: “no estoy despeinada, acabo de quitarme la corona.”

Por supuesto, no tuvo ningún efecto, por eso ahora tengo la Gillette en una mano y una sonrisa diabólica en la otra.

Tricornio (Maria)

Mi amiga del alma apareció hoy por clase con el pelo rapado en la mitad derecha de la cabeza y un moratón en la izquierda. Dijo que iba a denunciar a su padre por el bofetón que le había dado simplemente por ser la innovadora de una familia de fachas y carcas.

Dijo que su padre había nacido para mandar pero que en su cabeza solo mandaba ella.

Nerea estaba enfadada y deprimida porque uno de los momentos más gloriosos de su vida había sido estropeado por un guantazo humillante y de todo punto inaceptable.

Yo ya sabía, porque Nerea me lo había contado muy en secreto, que su bisabuelo y su abuelo habían sido guardias civiles.

– Se ve que tu padre tiene un tricornio genético– dije para quitarle hierro al asunto.

Estuvo sin hablarme un mes.

Canadá (María)

Mi madre me miró con odio reprimido. Esperaba que no estallara en un ataque de aspavientos desaforados; desde que va a biodanza los sábados está muy tranquilita. Pero me equivoqué. Se ve que no respiró lo suficientemente hondo y se activó.

No era para tanto, suspender cuatro en la primera evaluación no está tan mal, sólo estoy arrancando. Se ve que tomó a mal que suspendiera francés después de haber pasado un mes en Canadá.

– No olvidemos que las relaciones interpersonales y la socialización en la aldea global son fundamentales para el desarrollo del individuo– me atreví a comentar.

Llevo un mes sin móvil, condenada al ostracismo, sin poder explayarme con mis colegas y oyendo a mi madre todos los días pares lo que le costó el viaje a Canadá.

Y los impares lo desagradecida que soy. Dice que tras la experiencia de N.Y. ambas deberíamos haber aprendido y se culpa de haber confiado en mi.

Es duro que tu propia madre te diga eso.

Con está presión psicológica no se puede vivir.

Cerrando el grifo

Tenía idealizada la salida al extranjero para el aprendizaje de idiomas. Llevamos gastado un dineral para que María deje de considerarse el ombligo del mundo y amplíe sus horizontes, pero llega igual de chulita y encima suspende. No hay empatía posible. Me pregunto cómo alguien puede ser tan impermeable al conocimiento de las cosas; solo hay que tener los oídos en su sitio y un poco de hambre para que se desarrollen las ganas de pedir un bocadillo. Me dan ganas de llamarla inadaptada, descerebrada y desgraciada. Lo hago y le pregunto qué habrá estado haciendo en vez de utilizar sabiamente la lengua francesa.

Ante su mirada aviesa, prefiero no oír la respuesta y salgo airada de su cuarto.

Pedro sin embargo habla ya inglés, francés y alemán.

Al menos uno sale barato.

Creciendo (Pedro)

Me gustaría quedarme a vivir en este libro, el que terminé de leer a la vez que mi infancia empezó a resquebrajarse como una vidriera gótica por un inoportuno terremoto.

Me gustaría quedarme en estas páginas protectoras y seguras donde habitaban la bondad y la justicia, donde tú hubieras sido mi antihéroe luchador con

tu súper espada protectora. También desearía que al otro lado del acueducto hubiera un gran caldero de oro para poder huir con las cigüeñas a celebrar San Patricio a una isla esmeralda. Pero ahora llega el frío y no encuentro divertido hacerme mayor y que mis peluches se conviertan en corceles desbocados y mis orejas crezcan tan rápido. Cuando era pequeño quería ser mayor, ahora que ya lo soy...
¿Quién va a cuidar de mí?

Guerra y paz

Pedro está entusiasmado con la historia, al contrario que María que dice que es aburrida e insulsa como él. Yo le digo que la historia no tiene nada de aburrida y que un pueblo que no sabe su historia está condenado a...

– Repetirla, termina Pedro.

Es increíble lo distintos que pueden ser dos hermanos. Se pelean y se descalifican todo el tiempo, María intentando ridiculizarlo por ser un sabelotodo y Pedro llamándola indocumentada e ignorante. Vivimos entre fuegos cruzados y los dos tiran con bala.

A la hora de cenar, les llamo para que vengan a ayudar.

– Lo siento, madre, estoy estudiando la Primera Guerra Mundial, dice María mientras manda un mensaje.

– Maríiiiiiiiiia, deja de decir mentiras y ven como un tiro.

– Peeeeeeeeeedro, tú también. Vivimos en una sociedad donde las labores del hogar se comparten.

María dice que para unas cosas me gusta mucho la comunidad tipo kibbutz pero que para otras no comparto ni el aire.

– Sin ir más allá, la semana pasada te pusiste hecha una furia porque te cogí un poco de maquillaje y un par de pendientes– dice rencorosa.

Me perdiste un pendiente y me gastaste medio bote, digo intentando controlar la mala uva que noto crecer en mi interior.

Pedro aparece y dice que esta casa es peor que la guerra fría, siempre con tensiones.

– Las que tú creas, panoli.

– ¿No te da vergüenza ser tan boba y tan simple?

– Hoy hacéis vosotros la cena, digo harta de más de lo mismo. Soy un país ocupado.

Llamaron al Correpizza y pagaron a medias.

En los temas importantes siempre hay un cese en las hostilidades.

El último cuento

Decía la leyenda que estaba escrito en las nubes y dibujado en la Biblia del amor que existían dos amantes como nunca antes se había conocido en el mundo y que no había dragón capaz de separar con su aliento de azufre a estos dos seres de lo fortísima que era su pasión. Cada vez que estaban juntos, los pájaros más bellos piaban para formar con sus trinos la banda sonora de su amor desatado y los árboles florecían a cada paso que daban en un estallido de luz y color. Se cubrían con mantos de lujo y estrellas y sus capas de terciopelo tenían los más lujosos brocados, puesto que en aquel amor nada podía ser vulgar, el lujo tenía que ir acorde con sus sentimientos. Ella le susurró al oído, siempre según nuestra ya famosa leyenda, que le quería tanto que daría su vida por él, porque después de haber vivido aquel amor, infinito, total, su vida carecería de brillo por siempre jamás. Y la leyenda corrió de boca en boca y pasó de generación en generación hasta que llegó a las manos de mi abuela y a las de mi madre y a las mías y vi que había hecho tanto daño y herido a tantas mujeres que no sabían amar o amaban sin sentido al ser equivocado, que un día cogí el libro y lo quemé. Y al verlo arder, sólo por un momento, deseé que hubiera sido verdad, que él no se hubiera ido, que aún me quisiera y que la vida fuera fácil porque siempre sería más fácil matar dragones entre dos.

TERCERA PARTE

Desenlace

*Los científicos dicen que estamos hechos de átomos,
pero a mi un pajarito me contó que estamos
hechos de historias.*

Eduardo Galeano.



Detox (Pedro)

Mi madre me llevó a comer a “Festejando lo verde” este fin de semana. Todo era vegano, ovo lacto vegetariano, vegetariano y crudívoro. Sabe que odio las verduras y las cosas raras, así que para reafirmar mi personalidad, le dije que iba a practicar el ayuno más absoluto y seguir la dieta detox que seguía mi primo Luis y que le había permitido bajar cinco kilos en un mes. Así que sólo probé una manzana ecológica y un zumo de frutas exótico. Ella se puso las botas comiendo platos tailandeses y mejicanos que picaban a morir.

Cuando salí por la noche fui al Burger y me puse ciego de hamburguesas dobles. Para quitar la sed me tomé un Red Bull de camino y me quedé tan fresco.

A las cuatro de la mañana seguía vomitando y con taquicardia.

Mi madre asintió impertérrita al espectáculo y se limitó a hablar con dulzura de las calorías vacías.

Como las neuronas de mi cabeza, dijo.

Me parece que el 130 no me sirve de mucho en la vida diaria.

Sistema binario

Dice Pedro que la gente se mueve de forma binaria: levantarse/acostarse, ir al cole/volver, ducharse/ensuciarse. Le digo que las cosas no son tan simples, que María va al instituto, se salta alguna clase y vuelve, es decir sistema terciario. La gente si está mala no se levanta, es decir sistema unitario y lo mismo si ese día no se ducha y así un largo etcétera.

Pedro me mira con pena, como si jamás hubiera pensado que su madre pudiera ser tan simple.

Yo le devuelvo la mirada pensando que no hace falta ser muy listo para utilizar esa filosofía barata. Tras nuestro intenso cruce de miradas que dura apenas tres segundos, Pedro me pide dos euros para ir a comprarse un helado. Se los doy, contenta de que salga y se comporte como un preadolescente, pero luego me quedo pensativa.

¿Soy yo la que dice tonterías o es él? ¿Era una crítica a una sociedad consumista/capitalista que tiene a sus ciudadanos alienados o un bla bla bla?

Le doy otro euro y le pido que me compre regaliz con pica pica.

Necesito un poco de frivolidad.

¿A quién habrá salido?

María no habla. Gruñe, bufá o resopla. Creo que está llevando a sus últimas consecuencias el tema de la economía del lenguaje que tan bien le explicaron en lengua.

Quizás reserva sus cuerdas vocales para hablar con sus amigas o quizás sigue los sabios consejos de los que disfrutaban del silencio. Yo, sin embargo, agradecería un poco de conversación aunque fuera acerca del tiempo. No quiere hablar. Sí. No. No sé.

Cuando yo era pequeña era una niña dócil que odiaba dar disgustos a mis padres porque no quería causarles ningún problema con todo lo que se sacrificaban por mí, como me decían casi a diario.

Las monjas también se sacrificaban por nosotras, porque éramos muchas y muy pesadas; las hijas del baby boom formábamos clases de cuarenta mínimo.

En esta casa uno puede hacer lo que le dé la gana sin que le caiga un zapatillazo sorpresa. No digo que sea lo ideal, pero creo que me está retando en exceso.

Tendré que pensar en mi adolescencia o en el árbol familiar para ver si hay un gen recesivo que haga de esta niña un ser rebelde, contestatario e irascible.

Además de una caja fuerte emocional.

El piano

Una mano golpea rítmicamente la tapa del piano mientras que mis dedos nerviosos intentan seguir el ritmo sin equivocarse. Hay que estar muy concentrado para no provocar el disgusto de la directora y para que la mano derecha no reciba el temido y odiado toque breve pero brusco que tanto me irrita. Desde que esa bruja disfrazada de monja había tomado las riendas de mi vida musical y decidido que podía sacar dos cursos en uno (¿acaso era yo Beethoven?) mi paciencia se ponía a prueba todos los días de seis a siete. Un día que había sido particularmente duro porque los golpes habían subido de volumen y su mano parecía un metrónomo enloquecido pasó lo inevitable: el golpe final en la mano. Mis ganas de dar un giro y darle un bofetón sonoro se reprimieron inmediatamente, porque es muy feo pegar a alguien y si es la directora del colegio aún peor, así que mi rabia por la repetición irritante del golpecito estalló en forma de portazo terrorífico cuando salí sin despedirme. Me quedé aliviada y con remordimientos a partes iguales. El impacto sonoro fue considerable y un trocito de pintura posiblemente medio cochambrosa cayó sobre un atril.

Fui para casa sin decir nada, pero al día siguiente la caja de Pandora y sus maldiciones salieron en forma de reunión anti niña-loca-que-no-controla-sus impulsos. Encerrona al canto. Yo pensé que aquello sería un larguísimo sermón con la directora por semejante

actitud de vándala, pero no, no era suficiente. Cuando entré en la sala de padres me encontré con la profesora de música, la tutora, la directora, mi padre y mi madre, todos ellos en una actitud nada amistosa.

Aquello fue peor que la Gestapo y la Inquisición. Yo había perdido los nervios, pero tampoco hacía falta que cinco personas se pusieran en mi contra en una conspiración para hacerme una criatura sumisa ante el abuso de los manotazos injustificados. El cliente no siempre tiene la razón, el profesor no siempre tiene la razón y el infierno está lleno de buenas intenciones. Saqué dos cursos en uno gracias a la labor constante y gratuita de aquella mujer que estaba empeñada de hacer de mí una virtuosa, aunque nunca se lo agradecí porque no tuvo en cuenta ni lo que yo pensaba ni mis necesidades de descansar durante el verano. Tenía catorce años y ganas de réirme hasta de mi sombra. En casa estuve sin hablar como tres meses. No me habían apoyado ni escuchado. Y nada más que pude, dejé de tocar el piano. ¿Qué pensaría María si supiera todo esto? Quizás tenga motivos inconfesables para sus portazos irascibles.

Reconstruyendo

Se fue, definitivamente. Se iba continuamente por asuntos de trabajo y a veces estaba fuera más que en casa, pero ya sabíamos que iba a ser así y pensábamos que eso no sería un inconveniente. María y Pedro ya estaban acostumbrados a estar casi siempre conmigo y cuando su padre regresaba era una fiesta. Él se quedaba con la mejor parte; yo intentaba educarlos, él los malcriaba.

Dijo que estaba cansado de todo, que los niños eran unos atorrantes, que no le gustaba la vida que llevábamos con tan poco tiempo para el disfrute y que necesitaba tomarse un descanso.

Me quedé sin habla durante medio minuto mientras dudaba tirarme a su yugular con una motosierra o morirme fulminada en aquel mismo instante. ¿Niños atorrantes? Acaso había vivido él con su hijos a tiempo completo, los había llevado al médico o había ido a las funciones escolares? Dijo que los hijos habían sido idea mía, que él nunca tuvo la necesidad de ser padre, que ese había sido mi sueño, no el suyo. Me quedé petrificada por un comentario tan despiadado como falso y un sentimiento de rencor agudo empezó a golpearme sin piedad.

Se fue. Podía haber dicho la verdad, que estaba con una chica mucho más joven y mucho más guapa que yo.

Habló de un proyecto en Brasil, de que no vería a sus hijos durante seis meses y no se qué historias más porque la sangre se me subió de tal manera a la cabeza

que solo recuerdo que me fui de casa para que pudiera hacer la maleta y no verle más.

Me largué con un portazo-tsunami y el corazón a 150 pulsaciones.

Fui a casa de mi madre y le dije que los niños se iban a quedar con ella un par de días.

No tenía ánimo para explicarles que su padre se iba.

Llamé al trabajo y dije que estaba enferma. Limpié toda la casa, metí sus cosas en cajas que llevé a Cáritas y lloré horas y horas.

Al tercer día cogí el álbum de fotos de la boda y el del viaje a Sudáfrica y los tiré al contenedor de cartón.

Luego, en casa, recorté las fotos en las que aparecía él y escogí sus libros para llevarlos a una librería de segunda mano. En una tienda de compra y venta de oro me dieron treinta euros por el anillo de boda.

Todo eso me mantenía entretenida, pero sabía que pronto se me acabaría el cupo de cosas que tirar.

Así que me preparé para empezar un duelo que imaginaba eterno.

Clase de ciencias (María)

¿Sabéis que de la fuerza de las mareas se puede obtener energía? Es difícil hacerlo porque se necesitan unas infraestructuras especiales... El profe siguió disertando con tanta pasión que me indujo a pensar que quizás la fuerza de mis lágrimas, tan contenidas bajo el férreo dique de mis lacrimales, podría crear una energía especial, de esa que va directa al corazón de las personas y lo ablanda. O quizás mi pena pudiera desaparecer si las dejara fluir para crear un tsunami con mi desengaño.

– ¿Estás escuchando, María?

– Sí, lo siento, me he distraído.

Entonces mis lágrimas inundaron el instituto.

Volver a empezar

Pedro y María están muy afectados por lo de su padre. No sé qué decirles. No quiero hablar mal de él porque lo idolatran pero no se me ocurre qué hacer para consolarlos. Siendo María como es, me echará la culpa de todo y siendo Pedro como es, se la echará a sí mismo. Entramos en un laberinto de confusión y conflicto que es justamente lo que no necesitamos ahora que las hormonas y la rebeldía se alteran y se acentúan. No sé si decirle a mi madre que venga unas semanas con nosotros o si será peor. María se hace la fuerte y Pedro llora sin consuelo.

¿Cómo no puede ver lo que deja detrás?
¿De verdad cree que somos una pandilla de atorrantes o es él quien tiene las hormonas revueltas? Me he enterado que la otra tiene veinte años menos que él. Cuando me acuesto me relajo pensando de cuántas formas diferentes podría torturarlo. El último libro de autoayuda que compré dice que tener pensamientos negativos no significa que seas una persona negativa, solo significa que el pensamiento pasó por tu mente. Así que me imagino que pensar que lo torturo no significa que sea una torturadora, simplemente que ese pensamiento llega a mi mente y se va. A veces me imagino que se queda encerrado en un ascensor un fin de semana entero. Otras veces que queda atrapado días bajo una casa colapsada por un terremoto. Tiene claustrofobia. Y yo demasiado odio. Creo que necesito ayuda urgentemente.

La edad de Frankenstein

Para y escucha, espabila y muévete, respira, no te quejes, deja ese móvil y ponte a trabajar. La vida que vas a tener y la que tienes están conectadas. ¿Me oyes?

Mejorar, superarse, hacer, no ves que....

¿Sirve para algo lo que te digo? ¿Qué influencia tengo en ti, mi papel es el de madre superiora o me relegas al de personaje secundario?

El monstruo mató al Doctor Frankenstein porque este no le quería ni le aceptaba, porque se sentía abandonado por su creador en un mundo frío y hostil.

Me pregunto si te sientes así, examinada continuamente por alguien que quiere hacerte un traje a la medida y te acaba asfixiando con uno dos tallas menor.

Perdóname, no sé hacerlo mejor.

Primer amor (María)

Martín me ha mandado una carta hoy por la mañana en el recreo. Me he quedado medio atontada. Primero porque no sabía que eso todavía se llevaba, segundo porque nunca me imaginé que pudiera ser tan romántico y tercero porque no le soporto.

Siempre me ha parecido un tío chulo y vacilón, posiblemente porque todas las de clase hablan de sus ojos azules y de su pelo avellana cayéndole por la frente. Tengo que reconocer que me ha tocado un poco la fibra sensible y voy a darle una oportunidad el viernes. No sé si seguir las convenciones sociales e ir vestida de Barbie o tocar el palo feminista e ir con la cara lavada y los vaqueros más gastados.

Le preguntaré a mi madre.

Siempre hago lo contrario de lo que me recomienda.

Prados soleados (María)

Hoy hemos ido a de visita a Prados Soleados porque mi tía abuela materna está allí. Tiene demencia senil y no es precisamente una manera divertida de pasar la tarde, pero dice mi madre que no hay que ser egoístas, que seguro que le hace gracia que la vayan a ver, aunque no sepa muy bien quién va.

Le digo que para eso podíamos contratar a dos personas en paro y ahorrarnos el trago.

Mi madre me miró con auténtica mirada de terrorista y puso en duda mis valores éticos más elementales, la solidaridad con gente de nuestra propia sangre y la actitud de desapego hacia la humanidad en general. Dijo que seguramente si yo tuviera ese problema me gustaría que alguien me fuera a ver y me diera un poco de conversación.

Añadió que la pobre mujer me había dado muchos biberones de pequeña y que si uno no es agradecido es un desgraciado.

Para terminar, se arrepintió de haberme mandado al catecismo para tener una visión algo distintas de las cosas de la vida. Nos llevaban a algún asilo en navidad para que viéramos la cantidad de gente que está sola y les cantábamos villancicos. También hacíamos rifas y mercadillos solidarios.

Según mi madre soy impermeable a todo lo bueno. Curiosamente, ella que odia los refranes dijo ese de “cría cuervos y te sacarán los ojos”.

Lo que más me dolió fue el tono de desilusión de su voz. Prefiero a la madre vociferante que me llama consentida, la verdad.

Yo haría lo mismo por ella si fuera viejecita.

Y a los actores en paro les mandaría ir los fines de semana.

Psicólogo

Miré la foto fijamente, como él dijo. Miré tan fijamente que todo alrededor se difuminó y me sentí allí de nuevo. “Esa era la terapia, sacar a la luz conflictos no resueltos”, había dicho el psicólogo. Yo sentía auténtica aversión por todo lo que aquella foto significaba y me estaba empezando a poner enferma.

Maldita foto, maldito día, maldito tú, que te fuiste y rompiste lo mejor que teníamos.

Cien euros la consulta para decirle a este memo que nunca, nunca más, quiero hablar del pasado. Rompo la fotografía, azoto el dinero en la mesa de la consulta y salgo sin despedirme.

Ojala que un ataque de amnesia borre para siempre todos los recuerdos de aquel día en que él nos dejó. Ojalá no le hubiera regalado mi sonrisa, ojalá pagara él los recibos todos los meses, todos los días.

Todas las horas.

Ojalá que lo atropelle un carromato en Brasil.

Amor 100% (María)

Llevo saliendo con Martín cuatro meses, que han sido los mejores de toda mi vida. Es listo, guapo y me escribe unas cartas que me deja temblando. Dice que hace siglos que se fijó en mí pero que me veía muy lejana, como desconfiada con el mundo. Si lo dice será verdad, porque yo no me veo desde fuera, pero mi madre me llama apática, antipática y alopática con mucha frecuencia, aunque yo creo que es para hacer juegos de palabras. Con Martín soy diferente, no me paro de reír y me vuelvo más ocurrente.

Su hermano pequeño es amigo de Pedro y está muy contento pensando que algún día nos casaremos. Habrá que darle un toque al muy inocente.

Para la fiesta de cumpleaños voy a comprarle un colgante para cuando hagamos el curso de surf en julio. Su madre le va a regalar una moto más grande y Martín está que lo peta.

El domingo vamos a salir por la tarde. Martín dice que la moto te hace sentir libre, como si volaras.

Dice mi madre que no me fie, que el amor es eterno mientras dura.

Que le haya pasado a ella no significa que me vaya a pasar a mí.

Tacos de escopeta

Hay días que, cuando me levanto, siento el mundo con ganas de dejarme fuera de combate. Los días buenos peleo e incluso adopto una postura filosófica, pero cuando me siento vulnerable me suelo rendir, y cuando vuelvo a casa de la tortura del trabajo me escondo en mi concha y me olvido de todo. No hablo ni me muevo y casi ni respiro. No soporto la vida cuando me es incomprendible, me gustaría estar en otro espacio paralelo, pero en el fondo sé que es culpa mía, que no puedo con el alma y no comprendo por qué no me aferré a ti como a un tesoro, por qué no peleé con todas mis fuerzas por mantenerte aquí, felices los dos en mi caparazón anti balas.

Tú decidiste salir a la guerra y yo me quedé en las trincheras como una inútil. ¿Podrías haberte quedado conmigo después de mi rendición? ¿Habría servido de algo arrastrarme a tus pies para que no te fueras? Tú eres el héroe, el tipo duro; yo, como tú dijiste, no valía ni para tacos de escopeta.

Milady

Mi madre vino unos días porque yo tenía gripe y necesitaba refuerzos en el frente de batalla. Coge su producto de limpieza Casa Perfecta , entra en mi habitación y se pone a limpiarlo todo. No me gusta nada que la gente venga a mi casa a limpiar sin que yo se lo pida, pero no digo nada. Después de dejarlo todo reluciente, pica en la habitación de Milady con mucho recato y con un tono tímido le pregunta si puede pasar a limpiar.– Marita, vida– dice mi madre ¿puedo pasar o te molesto? Yo no doy crédito a tanto pudor. Milady dice con un gruñido que no, que luego le descoloca las cosas, como si hubiera mucho que descolocar en una habitación empapelada de posters y fotografías.

– Deja que tu abuela limpie y calla– digo con voz de ultratumba desde mi lecho bacteriano.

– Mujer, no la molestes, si no quiere ya vendré más tarde. Estas son el tipo de cosas que me enferman. A mi me trata como a un bebé y a ella como si fuera la madre de todas las reinas.

– Es que le tengo miedo– me dice mi madre después. Lo que nos faltaba. La que sacaba la zapatilla y zumbaba sin piedad.

Habrá que hacer alguna alusión a la memoria histórica.

Otro ladrillo en el muro

“Te noto muy distraído, no me hablas nunca de tus cosas y parece que no te importan las mías”.

Es feo reprochar, pero pensé que podría ser una manera de abrir una pequeña grieta en el muro.

– Imagínate que tienes una caja fuerte, como las de los bancos, y metes todo lo que quieres que nadie sepa que existe. Metes tus ideas, tus cosas, tus pensamientos, lo cierras con llave y cuando estas en el medio del océano más profundo la tiras. Punto.

Nunca va a aparecer la llave y, aunque así fuera, nadie sabría que pertenece a tu caja.

¿ Lo entiendes?

– Si, claro. Al contrario que María, que últimamente mide sus palabras, Pedro está empezando a manifestarse como un gran orador.

– Pues eso es lo que vas a conseguir de mi. Hermetismo, no pretendas más, no te quejes y no te esfuerces.

¿Dónde está aquel niño cariñoso y besucón? Me meto en la cama y me imagino en Cuba con un mulato de impresión. El psicólogo lo llamaba visualizaciones positivas. Yo lo llamo negación de lo negativo.

Amor (Martín)

María es la persona más dulce, generosa y tierna que conozco. Nunca había estado tan feliz con nadie. Es divertida y no para de contarme cosas. Cuando empecé a salir con ella mis amigos decían que no íbamos a durar ni cuatro días porque les parecía de lo más borde. Todo lo contrario, nos reímos de todo y cuando vamos en la moto me agarra por la cintura de una manera que me derrito. Cuando tenga la moto nueva la voy a llevar un día que haga sol a una playa que no conoce porque tiene mal acceso en coche. Dice mi madre que a veces las hormonas alteran las neuronas. No es mi caso. María habla mucho de su hermano y de su madre. Dice que les quiere con locura pero que le encanta ponerles a cien, especialmente a su hermano que es muy listo pero un poco pardillo para las cosas de la vida. El otro día le escribí una carta; si me atrevo se la daré cuando estrenemos la moto. Estoy enamorado de ella hasta los tuétanos.

Loctite

“Págame en cigarros los poemas que no vas a leerme, los paseos por la playa que no daremos, la mano que me negaste el día que empecé a caer. Págame en cafés los abrazos sin ruido, la comida sin chile, los viajes en tercera.

Entiéndeme. Me deshabitaste de tantos tejados que sólo soy un muro agujereado de sueños sin Loctite”.

Parece que el Curso de Escritura Creativa de la universidad está dando sus frutos. He quedado ganadora del primer premio de microrelatos sobre el desamor.

No hay mal que por bien no venga, dice mi madre en un alarde de originalidad.

Podría empezar a publicar cosas en internet.

No me sentía tan bien desde que el innombrable nos dejó.

Ruido

Llego a casa y suelto toda mi ansiedad dándole golpes a los cojines de mi habitación. No son días bajos, son días negros. Uno está bajo de moral cuando le cuesta más reírse, cuando no tiene ganas de hacer cosas. Esto es distinto, me siento superada por la vida, por mis fracasos y por los fracasos de mis hijos, de los que también me culpo.

Hoy en clase se pelearon dos alumnos y uno acabó con las gafas rotas y una patada en la cabeza. Llamaron a la madre del presunto agitador y disculpó a su hijo diciendo que tenía mucho carácter. Como su padre, añadió con una sonrisa tonta.

Me dieron ganas de mandarla a un lugar poco agradable y de darle una patada en la cabeza como la que había dado su hijo al otro chico. En vez de eso, alegué que la pelea me había alterado y me largué para casa. Enfermedad sobrevenida.

Me paso el día intentando poner orden pero no encuentro más que desconcierto.

Me siento sola, me pregunto cómo se sentirán mis hijos.

Sobredosis de realidad (Pedro)

Mi madre se va a ir este puente a hacer un curso Zen que se llama “Vacaciones de mí misma”. Se supone que dejas a tu lado oscuro en casa y vas puro como un recién nacido. Me la imagino guardando su preocupaciones, su ansiedad y nerviosismo en un cajón y marchando solo con la carcasa. Visualizo este tipo de situaciones surrealistas con mucha frecuencia.

Dice que podemos quedarnos con su hermana Laura, que como tiene cuatro hijas pequeñas estarán encantados de que hagamos de canguro.

Después del episodio de Prados Soleados y las cosas que le dijo mi madre a María, no me atreví a decir que no me apetecía nada estar con esas cursis relamidas y que casi prefería estar con ella en el balneario Zen. Pero desde que el otro día llegué a casa y la vi dando puñetazos a los cojines del salón, creo que le vendrán bien las “Vacaciones sin nosotros”.

No me gustaría que mi madre se volviera loca y tuviéramos que ir a vivir a una casa con tantas mujeres. Sin contar la visitas al psiquiátrico.

Renacimiento (Pedro)

Mi madre vino como nueva del curso y dice que hay que tomar distancia de las cosas. Lleva un mes haciendo yoga y no nos ha recriminado nada en este tiempo.

Lo que me mosquea es que todos los días anda cuchicheando por el móvil. Tengo ciertas dudas de que el retiro “Vacaciones de ti misma” no haya significado “Encuentros con personas en mi mismo estado”.

Después de fisgarle los mensajes del móvil he descubierto que un tal Alan ha aparecido en la lista de contactos. Sinceramente, no sé si podría soportar que mi madre viniera con ese tipo a casa.

Además, ¿es inglés o es la abreviatura de algún nombre horrible? ¿Por qué no tiene nombre español, o mejor aún por qué no desaparece de la faz de la tierra?

Me imagino que mi madre se echa un novio americano y me dan ganas de tirarme al tren. ¿Por qué los padres no piensan más en nosotros, en nuestros sentimientos? Espero que no acaben sus días en Prados Soleados los dos.

Con una visita tengo suficiente.

Libertad (María)

Hoy fui con Martín en moto hasta la playa. Veinte kilómetros de libertad en estado de gracia absoluto. La moto se mueve como una pluma. Yo llevaba mis brazos alrededor de su cintura y le sentía fuerte, poderoso. Yo también me sentí así.

Cuando paramos la moto me quité el casco y apoyé mi cabeza en su espalda. Quedamos mirando la playa en silencio un buen rato. Estábamos solos.

Martín me contó que le había costado mucho trabajo conseguir que su madre le comprara la moto pero como es el mejor de la clase, acabó claudicando. Se acuerda de su primera moto de juguete cuando iba por el parque derrapando y haciendo ruidos de rum rum. Dijo que con el primer sueldo se comprará una Harley. A mí nunca me llamaron la atención las motos, pero montar con Martín fue impresionante.

Creo que fue uno de los momentos más felices de mi vida. Nunca imaginé que esto me pasaría, que me sentiría tan bien con alguien. Antes de despedirnos me dio una carta y me dijo que me quería.

Cuando bajé de la moto, todavía me temblaban las piernas. Tenías ganas de cantar y decir a todos lo contenta que estaba.

Pero subí corriendo a mi habitación a leer la carta y a pensar en mis cosas.

Prados soleados II (Pedro)

Mi tía abuela se ha puesto muy mala y la hemos ido a ver a la residencia. Yo hubiera preferido que mi madre no nos hubiera llevado pero dice que quizás sea la última vez que la veamos con vida.

María no puede quejarse porque a ella le dio biberones, pero yo sí, porque cuando yo nací ya estaba medio ida y no la dejaban que me cogiera en brazos.

Ante un panorama tan desolador no hay más que callarse y obedecer. Si es la última vez que vamos, ¿por qué protestar? Y si no es la última ya me negaré a ir la próxima vez.

El ambiente de la residencia es desolador, la gente huele raro y la comida a motor.

Hoy vi a una viejecita que estaba haciendo un corazón con unas pastillas de sacarina que sacaba del bolso de una bata. La enfermera llegó y se las quitó de la mesa. La viejecita empezó a llorar. Me dio mucha pena porque nadie la va a ver. Hay gente que no tiene alma, esa pobre mujer siempre sola. Me doy cuenta de mi contradicción y pienso que la vida es dura para todos y que yo, si tuviera esas pastillas, no haría un corazón sino un puñal.

María no dijo ni mu, desde que está enamorada vive en una burbuja y no ve ni lo feo ni lo triste ni lo deprimente de la vida.

Dice mi madre que pienso estas cosas porque soy muy listo y siempre me estoy planteando cuestiones trascendentales.

Me dijo que yo también me enamoraría cualquier día y vería las cosas de otro color.
Pero no dijo de qué color.

En clase de nuevo

María hace un mes que empezó segundo de Bachiller y dice que está muy contenta con todo. No sé si es porque está tan absorta por el tema Martín o porque finalmente se ha decidido a hincar el codo y estudiar. Cosas más raras se vieron.

Sin embargo, en los primeros exámenes saca un uno y un dos y medio. Como estoy curada de espantos y parece que nada puede sorprenderme, intento hablar con ella y le pregunto por qué sus expectativas están siendo rebajadas por un ataque de realidad despiadado.
– No se, quizás esté en una fase de negación de lo negativo– sugiere copiando esa expresión que me oyó tantas veces.

No sabía que podíamos hablar el mismo idioma y le contesto que si huyes de tus huellas, cuanto más corres más te alejas de ellas.

– El instituto me provoca una intensa somnolencia y pasividad psíquica. Tanta norma y disciplina me están minando las ganas de volar...

Le respondo que los pájaros que vuelan sin nido vuelan locos y que su nido es su familia y su entorno. Añado que el poder sin conocimiento no vale para nada y que si no estudia será una veleta perdida en el viento.

– Mi nido es Martín.

Para ser la primera conversación Zen que tenemos creo que tiene un final demasiado excluyente.

Le digo que no hay paraíso sin infierno y que Martín puede durarle lo que un suspiro.

– Martín es y será siempre mi centro de gravedad.

No se si volver al balneario o salir de copas con mis amigas separadas.

La moto nueva (María)

El domingo se mató Martín en un accidente con la moto. Habíamos celebrado una fiesta los de clase el viernes. Me venía a buscar y resbaló con una mancha de aceite. Se partió el cuello contra un árbol.

Se nos heló la alegría y la risa se convirtió en un ictus maligno.

Todos lloramos desconsolados, hasta los profesores, pero lo peor fue ver a su madre.

Tanto dolor nos dejó fuera de juego.

Mi madre dice que el tiempo lo atenúa todo. Lo dice para consolarme.

Sé que esto durará siempre.

Cumpleaños con moto (madre de Martín)

Me duermo sin sueño y cuando me despierto quiero creer que todo es mentira, pero la realidad vuelve a recordarme que no estarás nunca más y que a partir de ahora serás un recuerdo, un silencio, un espacio sin llenar, un perdón que nunca te pedí, un te quiero que no aceptabas o una caricia que ya no querías y nunca más podré darte. Todo por comprarte esa maldita moto. Pensé que te pondrías tan contento que todo sería como antes, cuando salías a buscarme a la puerta con una sonrisa o me dabas un beso antes de acostarte. Tu fin y el principio del mío.
Sólo la nada.

Tristeza (María)

El olor del níspero, el atardecer rojizo y el aire fresco del atardecer no alivian en absoluto mi tristeza. Me recuerdan que otro día, un día normal, estaría encantada de disfrutar del otoño, pero hoy es distinto, porque mi angustia no encuentra consuelo en las cosas bellas. Miro al cielo como mira un reo al cadalso, sin esperanza, echando de menos el placer que me causaban otros atardeceres. Bajamos y al pasar por el cementerio pienso que la oscuridad y el frío solo dan miedo a los vivos, los muertos solo quieren paz y silencio.
Lo echo tanto de menos...

Septiembre con 18 (María)

Tengo helado el corazón y las previsiones no son de deshielo inmediato. Tormentas emocionales con vientos siberianos acechan por el norte y crudas heladas amenazan en la zona lacrimal.

Intenso frío interno y mucha pena en forma de estalactitas. No hay tregua.

Tengo exámenes y estoy nerviosa porque no me puedo concentrar, o no me puedo concentrar al estar nerviosa pensando en otra debacle. Quizás este sentimiento haya aparcado en lo más profundo de mi plasma, atacando a mis glóbulos bicolors y esté empezando una metástasis devastadora.

Sólo quiero volver a verle, clonarme en sus ojos, vivir en sus labios, cogerle la mano.

Me gustaban tanto sus manos fuertes, el brillo de sus ojos hablando de la moto.

Hace tanto tiempo que no me río y que no lloro, que ninguna emoción me sacude, que no veo más allá de él. Dicen que es un sentimiento universal, que las mejores ideas surgen en este estado. Me escribió cosas bonitas. Por lo menos generó algo.

¿Qué tiene que ver todo esto con el análisis sintáctico? No lo sé. Por supuesto, suspenderé lengua. Con mi soledad y su ausencia alimentaré mí doble fracaso de septiembre.

Maricón (Alfredo)

No necesitaba salir del armario, en un alarde de sensibilidad y empatía, su padre llevaba llamándolo maricón desde que tenía unos doce años. Su madre no sabía donde meterse cuando su marido, enfurecido por sus maneras femeninas y aquella voz atiplada le decía.

– Pero habla como un hombre, coño, que pareces una mujercita.

A veces se conformaba pensando que, como ya lo sospechaba, la noticia no caería cual bomba atómica, como en otras familias.

Así que cuando se enamoró de Pedro, no tuvo ningún reparo en llegar a aquella casa donde tantas veces había sido humillado por su padre y su falta de respeto y decirle que iba a salir con él. Su padre enrojeció, su madre palideció y sus dos hermanas permanecieron atentas al cataclismo que se avecinaba.

– Marta, no te dije yo que iba a acabar siendo maricón, tú y tu manía de tanto protegerlo – le gritó el padre como un energúmeno dándole puñetazos a la mesa.

Alfredo no daba crédito. Tantos años fastidiándole y todavía no tenía asimilada la realidad.

Sería idiota.

Le apeteció cogerle la pistola de la chaqueta del uniforme y pegarle un par de tiros.

Pero se levantó y se fue.

Alan (María)

Hoy mi madre trajo a un tal Alan a casa. Es un tipo alto y rubio con cara simpática. De Ohio. Es ingeniero y trabaja en San Sebastián.

Hace unos meses me habría mosqueado mucho con mi madre por haberlo traído y con él por el mero hecho de existir, pero después de todo lo que estoy sufriendo. ¿Como decirle a mi madre lo que tiene o no que sentir ella?

Tantos años oyéndole decir que me sentía el ombligo del mundo y que no tenía empatía...

Es verdad que a veces era desconsiderada con los demás, que me burlaba de Pedro y que me importaba un pimiento los sentimientos del prójimo. Es verdad que yo era así.

Era. Pasado. Mi madre tiene todo el derecho de estar con Alan o con quien quiera y a ponerse cinco tatuajes y un piercing.

Lo que me extraña es que Pedro no haya puesto ninguna pega.

Quizás esté enamorado.

Orgullo Gay

Me ha dicho María que Pedro es de la otra acera. Le dije que ya lo sabía y que no pasaba nada porque lo llamara homosexual. Se quedó de piedra. Le recordé que no había nacido ayer y que desde hacía tiempo lo sabía. Las madres intuimos muchas cosas.

No dio crédito a que no le diera importancia, ella dice que lo van a llamar maricón y que anda por la calle con un chico.

– ¿Te das cuenta que si dos chicas van mucho juntas son buenas amigas pero si dos chicos hacen lo mismo enseguida los miran raro?

– No sabía que fueras tan moderna, entonces también intuirás que fuma porros a la salida del instituto– replicó con suspicacia.

Me quedé de piedra. Para mantener la compostura le dije que siempre hay una primera vez y que será seguro algo esporádico.

– Enseguida se le pasará–dije intentando disimular mi estado de shock y el pánico que me estaba entrando por momentos. Pedro siempre hacía aspavientos y protestaba cuando su padre encendía un cigarro.

– Creo que el otro chico no es una buena influencia–añadió María.

Eso seguramente es lo que pensarán en la otra familia. Demasiados frentes abiertos.

Habitación 203

Hace tiempo que estoy despierta pero no tengo ganas de abrir los ojos ni de moverme.

Había que operar de urgencia, pero es posible que sea un simple susto.

Siento una extraña paz porque tengo casi dos horas antes de que lleguen las visitas y eso me tranquiliza.

Tiempo para mí; es imposible que nadie me pida nada, me recrimine nada, espere nada.

No hay colas en el súper, ni cenas ni trabajo atrasado.

No me puedo preocupar por los demás porque los demás saben que no estoy disponible, que no voy a ser yo durante muchos ratos. Lo siento por todos ellos, pero he llevado una carga muy grande demasiado tiempo y esto es mi manera de descansar.

Prefiero estar aquí que en casa; me traerán la comida, no me molestarán y estoy sola en una habitación que es grande y luminosa.

Puedo estar callada si no tengo ganas de hablar, no me toca a mí llenar los silencios.

Puedo decir que estoy cansada y que prefiero estar sola, no quiero decir a nadie lo que tiene que hacer, no es esa mi misión ahora. Incluso puedo deprimirme sin sentirme culpable.

Me acuerdo que cuando era pequeña y estaba enferma me encantaba que me vinieran a ver. Yo estaba en la cama leyendo y tomando zumos mientras las visitas me entretenían.

Ahora no necesito nada.

Cuando lleguen mis hijos, mi madre y Laura les dedicaré mi mejor sonrisa. No estoy preocupada, espero que eso les tranquilice.

Cuando el cuerpo no puede más se alía con la cabeza y ambos te mandan al hospital.

Me gusta la vida del todo incluido aunque no esté en el Caribe.

Dolor (María)

Ahora esto ¿no tenía bastante con lo de Martín?

Veo a mi madre en la cama y siento pena y desolación. Parece que está bien pero seguro que está fingiendo, finge para que no nos preocupemos.

Miro a Pedro y lo veo desamparado; por primera vez en mi vida siento que necesito protegerlo.

Él también sintió que Martín se muriera y que su hermano se volviera tan extraño. Es la primera vez que lo pienso. Estoy demasiado metida en mis cosas para ponerme en el pellejo de los demás. Siento una punzada de remordimiento. Él tiene que sufrir mucho por lo que digan de su novio. Pedro es la mejor persona que conozco, aparte de Martín.

Espero que no cambie, que siempre sea mi hermano pequeño.

Me acuerdo de la noche que Pedro entró en mi habitación y me vio con las pastillas de mamá en la mano. Se puso como loco y empezó a gritarme y a llorar.

Yo no pensaba tomarlas, pero me relajaba pensar que

si lo hacía empezaría a flotar y el dolor se desvanecería. La vida es más complicada de lo que me imaginaba. Solo quiero que mi madre se ponga bien y Pedro no deje de quererme.

El extractor (Luis)

Redacción: Tu aparato favorito.

Escribe claro, utilizando párrafos y evitando faltas de ortografía.

Puntuación para el examen 10%

Ya sé que mucha gente piensa que soy algo friki; cualquiera elegiría la televisión o el ordenador o la tablet. ¿Por qué elijo el extractor? Es un aparato útil para los humos y los olores y poco más, sin embargo, tengo que confesar que mi vida sin el extractor sería bastante patética. Me engancho a Internet, como todos, y juego con la Play y la Xbox para ninguna de esas cosas puede sustituir al efecto terapéutico del extractor. Que sea de una u otra marca es lo de menos, lo importante es la cantidad de silencios incómodos que nos evita, los silencios tensos que amortigua y la cantidad de situaciones de violencia verbal desaparecen bajo su rum rum. Cuando tengo problemas para dormir a veces voy a la cocina y estoy un rato con los ojos cerrados meciéndome con su calmante efecto que para mí es mejor que el restallar de las olas o la más dulce canción de cuna.

En mi casa se pone antes de cocinar, mientras comemos y a veces mientras se recoge la cocina. Mi madre piensa que debemos cenar todos juntos y que la televisión impide que hablemos, pero como no tenemos de qué hablar las cenas son frías y tensas. Ella también lo nota, pero por cabezonería nos somete a esa penitencia, o se somete ella misma a una prueba inútil. Lo peor no son las cenas diarias, son los domingos. La presencia de mi abuela materna le da a la comida un extra de tensión. En esos casos el extractor está a la máxima potencia. Preferiría comer un trozo de bocadillo en la calle a estas comidas vacías.

Cuando pasó todo y vi que otras familias eran tan distintas a la mía, llegaba a casa desolado. Mi casa había sido así, pero eso ya no tenía remedio. Nadie hablaba de lo importante, nadie hacía nada.

Yo era feliz cuando no era hijo único, cuando Martín salía con María, y Pedro y yo nos imaginábamos un futuro de parentesco común.

Yo no tengo la culpa de que Martín ya no esté.

Fueron ellos los que decidieron comprarle la maldita moto.

El Orientador me mandó pasar por su despacho en el recreo. Le dije que la redacción era para un examen y que no tenía que darle ninguna explicación sobre si estaba deprimido o no. Creo que fui bastante borde. Hoy pondré el extractor nada más llegar a casa.

Regalo III

Hoy María me ha regalado algo para el santo. Dice que lo hizo en el ordenador porque le salía más barato, pero se que no es verdad; lo hizo porque quería decirme cosas que no se dicen con una crema para pieles maduras o castigadas. La presentación tenía fotos de la familia y de nosotros tres con un fondo rapero de un chico que le daba las gracias a su madre. Por razones que desconozco nunca quiso regalarme nada ni demostrarme ninguna emoción que no fuera el rechazo. Quizás me culpara de no haberle dado lo que ella creía que merecía, no lo sé. No soy perfecta. Solo soy una mujer que pelea por lo suyo, muchas veces dando palos de ciego.

Se dejó abrazar y fue un momento que borró todos los siglos de incomprensión mutua.

Hace tiempo que noto que mi amor por ellos se hizo incondicional cien por cien; los quiero como son, sin regalos y con ceros. No hay peros sino aunques: sean como sean, siempre los querré y un lazo invisible nos mantendrá unidos, aunque estén lejos, aunque no me digan lo que piensen, aunque se quejen porque la comida les sabe a cucaracha.

Les quiero y siempre respetaré sus decisiones, porque sé que ya pueden ver en el fondo de mis ojos que sufro cuando ellos sufren y que me alegro cuando ellos están contentos.

Por siempre jamás.





TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *El breve verano de Nefertiti*. Hiber Conteris..... 1994
2. *El viaje*. Pura Azorín Zafrilla 1995
3. *Gato por liebre*. Eduardo García Pérez 1996
4. *La tercera vez*. Pilar Bellver..... 1997
5. *El farero de Sheringham*. Óscar Montero 1998
6. *La noche de Gulliver*. Elena Alemany 1999
7. *La piel que te hice en el aire*. Rafael Marín 2000
8. *Los mejores años*. Andrés Pérez Domínguez..... 2001
9. *El tren*. María Vila 2002
10. *Viento divino*. F. Javier Pérez Fernández..... 2003
11. *Las fauces del diablo*. Francisco José Jurado 2004
12. *El cornezuelo de cola azul*. José Antonio Palomares 2005
13. *Lo que esconde el cuadro*. Beatriz Olivenza Bernardo 2006
14. *Las cifras mandan, Balboa*. José Antonio Palomares 2007
15. *El fantasma de John Wayne*. Jaime Molina García 2008
16. *La joven del estanque*. María Luisa del Romero 2009
17. *La podredumbre y el mar*. Adolfo Muñoz Palancas 2010
18. *Los hijos de las sombras*. Iban Munárriz Vega 2011
19. *400 ASA*. Daniel Luna 2013
20. *Kilómetro treinta*. Rafael Serrano Bello 2014
21. *Corderos*. Ernesto Tubía 2015
22. *Vísperas de nada*. José Carlos Díaz 2016
23. *El efecto avispa*. Chelo Sierra 2017
24. *Un punto rosa*. Pilar Tuero 2018



Este libro se terminó de imprimir
el 18 de enero de 2019,
festividad de Santa Margarita,
en los talleres de Yeclagráfico.

